

DIMENSIÓN "X"

LOUIS G. MILK

Dimensión «X»

Louis G. Milk

Espacio el Mundo Futuro/008

CAPÍTULO PRIMERO

El capitán Ramahé, de los arqueros del Faraón, miró aprensivamente el muro doble de color verdoso que a una distancia de unos cincuenta metros a cada lado del carro se alzaba casi otro tanto de altura. En la parte superior, las aguas contenidas por las manos de aquel poderoso Jehová de los hebreos espumajeaban, agitándose en blancos encajes amenazantes que de un momento a otro podrían desplomarse sobre el ejército perseguidor, a cuya cabeza, el primero de todos, volando más que galopando en su ligerísimo carro, hábilmente conducido por el guerrero Nepté, iba el capitán Ramahé, ansioso de distinguirse ante el Hijo de Osiris, su Faraón.

—¡Látigo y rienda! —gruñó Ramahé, volviendo a mirar a derecha e izquierda, hacia aquel rugido de las aguas sujetas que parecían tascar el freno—. ¡Dales sin compasión, Nepté!

El látigo silbó por encima de las orejas de los caballos, que volvieron a hacer un esfuerzo tirando del carro y aumentando su velocidad todavía más, haciendo que el capitán Ramahé se distanciara todavía más del grueso del ejército egipcio, cuya falange de arqueros sobre carros de vanguardia mandaba él. Y de repente lanzó un grito de alegría:

—¡Allí, Nepté! ¡Ya se ven, ya son nuestros! ¡Fustígalos sin piedad!

En tanto que los caballos devoraban la enjuta arena del fondo del mar Rojo, seca como si nunca hubiera conocido la humedad del agua, los ojos de Ramahé chispearon de alegría. El suelo iniciaba ya una suave pendiente de ascenso, a cuyo final estaban los últimos hebreos del

Éxodo. Y Ramahé, inclinándose, tomó otra aljaba, colocándosela terciada a la espalda, además de la que ya llevaba. Falta le haría y, cuando se le concluyeran las doscientas flechas, tendría que manejar la corta espada pendiente del cinturón otras doscientas veces al menos, antes de que el ejército del Faraón lograra exterminar a aquel pueblo que había osado rebelarse contra él.

Unas cuantas vueltas de las ruedas más y ya empezarían las saetas a rasgar el aire. El suelo era liso y el carro corría sin estremecimientos, sin trepidaciones, por lo que Ramahé colocó la muesca de una flecha en la cuerda y tensó ésta.

Pero no pudo llegar la mano del egipcio hasta su oreja. No pudo demostrar su fortaleza y habilidad en el manejo del arco. Algo se lo impidió. Un trueno prolongado que sonó a sus espaldas y que le hizo girar la cabeza a pesar suyo y que, en contra del sofocante calor, le congeló la sangre en las venas.

El poderoso, el terrible, el invencible, el brillante ejército del Faraón, aquél que desde su distancia de cien tiros de flecha se divisaba centelleando por los miles y miles de sus resplandecientes armaduras y escudos, estaba siendo sepultado por las aguas del mar Rojo, que se cerraban sobre él. Carros, caballos, hombres, todos eran devorados por el monstruo líquido que recobraba su anterior posición, retiradas ya las manos del Señor que lo habían separado en dos partes, desapareciendo en los infinitos remolinos de una gigantesca tromba que los absorbía a todos, sin dejar uno.

—¡Más látigo, Nepté! ¡Mátalos, pero que lleguen a la orilla! —aulló Ramahé, pero Nepté no llegó ni a alzar el brazo con el látigo. Antes bien, con un chillido de espantoso pavor, lo arrojó y se cubrió la cara con las manos viendo que los dos muros de agua se acercaban al carro por ambos lados con horripilante velocidad. Y Ramahé vio llegar el mar sobre él tronando hasta llenarle los oídos de su rugir.

Pero en aquel momento, cuando ya el egipcio sentía las primeras salpicaduras, un brillante fogonazo, más intenso que la luz del sol, lo envolvió con sus llamaradas y Ramahé perdió la noción de las cosas.



Mil quinientos años después, Quinto Tulio Decio, decurión de la Legión Itálica destacada en Palestina, marchaba, al frente de sus diez hombres, por un polvoriento camino, bordeado de palmeras, escoltando a un hombre. Un publicano. El sustituto de Mateo, aquel recaudador de contribuciones que abandonara el que para los hebreos era su denigrante oficio para seguir al Hijo de Dios. Pero Decio no hablaba, no hacía caso de la gárrula charla de Azael, Sus pensamientos estaban ocupados en otra cosa, en un drama que no hacía ocho días aún que había presenciado. Sus pensamientos volvían a su pesar al sacrificio que se había visto obligado a presenciar, a aquel Hombre que, en lugar de morir entre juramentos e imprecaciones, había muerto perdonando a los que le clavaban en la cruz. Aquel Hombre los había perdonado a todos. Y esto era algo que no cabía en la cabeza de Decio, que había presenciado muchas ejecuciones en las que los condenados a la espantosa muerte de la crucifixión, si no morían abyectamente, suplicando un perdón que no podían conceder sus verdugos, los insultaban espantosamente y los escupían hasta que las fuerzas les abandonaban, después de haberse resistido con todas ellas al cumplimiento de la sentencia.

Pero aquel Hombre, no. Aquel Carpintero había muerto, después de tenderse dócilmente, colocando sus laceradas espaldas en la cruz, sin decir una palabra, exhalándolas después de perdón para todos. Y esto era lo que preocupaba principalmente a Decio. Porque, además, aquel Hombre, aquel Carpintero, había dicho y repetido que Él era el Hijo de Dios.

Ahora Decio tenía que escoltar a Azael, por orden del Procurador Pilatos, para recaudar los impuestos que la Cesárea Majestad de Tiberio se había dignado imponer a aquella chusma judía, aquella que, entre todas las naciones de la Tierra, era la única que osaba decir que Tiberio César no era su señor.

Ya estaban a la vista de la aldea donde Azael empezada a ejercer sus funciones contributivas. Decio se imaginaba la escena mil veces repetida: los judíos pasando ante la mesa donde estaba sentado el publicano, escupiendo cuidadosamente en cada denario, en cada siclo que iba a engordar las arcas de los romanos, diciendo de éstos con los ojos, lo que no osaban decir con las palabras.

Pero en aquel momento, una turba de desharrapados asaltó la corta comitiva. Saliendo de detrás de los lentiscos de la linde del camino, descolgándose otros de las copas de las palmeras más bajas, una turba de vociferantes hebreos arremetió contra los doce hombres, de los cuales, el recaudador empezó a gemir invocando la protección del

Dios de sus mayores para que lo sacara de aquel amargo trance, en tanto los romanos, obedeciendo las órdenes de su decurión, haciendo gala de su famosa y férrea disciplina, intentaban rechazar el ataque.

Eran muchos los hebreos y aunque muchos cayeron, los odiados romanos y su escoltado fueron cayendo uno a uno, aplastados por la masa del número. Y sólo quedó el decurión Quinto Tulio Decio, defendiéndose encarnizadamente hasta el último momento, sembrando el espacio que había ante él de cadáveres, parando infinidad de golpes con su escudo hasta que sintió flaquear su brazo y sus enemigos se dieron cuenta de ello, por lo que se dispusieron al asalto final, agrupándose y cargando todos a una contra el romano.

En el momento en que Decio se disponía a entablar la última lucha, una luz ardiente lo envolvió y ya no supo más. Le abandonó la conciencia.



Sir Malcolm Forrester era valiente, arrojado y esforzado. Terror de los infieles que todavía tenían en su poder San Juan de Acre. Y por lo mismo precisamente que era valiente fue el primero que, empuñando la espada aquella, casi tan larga como él, y sir Malcolm era considerado como un gigante entre sus compañeros de Cruzada, comenzó a trepar por aquella escala que concluía en las almenas de la ciudad sitiada y que crujió ante su peso.

Paró, mientras subía, con su escudo varias pesadas piedras que se lo abollaron un tanto, pero la protección resistió. Era de acero bien forjado y el brazo de sir Malcolm de fuertes músculos, por lo que le hicieron sonreír aquellas que él consideraba como simples caricias de los árabes defensores de la ciudadela. Ya verían éstos cuando se hallaran al alcance de su montante. Rodarían las cabezas infieles como rodaban las bolas allí en sus tierras de Forrestershire, en su Inglaterra natal, cuando se juntaba con otros caballeros a disputarse la primera saeta en las cacerías de venados. Y con un último esfuerzo, agitando con una sola mano la pesada espada, con la cual rajó de arriba abajo un árabe, saltó al interior de la muralla, empezando a repartir mandobles de izquierda a derecha, con la misma prodigalidad que repartía los escudos entre sus feudatarios más necesitados.

Dos flechas le rebotaron sin causarle el menor daño: una de ellas contra el escudo que movió hábilmente al verla venir, disparada desde menos de un metro de distancia, y otra contra las espaldas de su cota de malla, contra la que se quebró inofensivamente. Y luego, en dos fulminantes movimientos, sucesivos, con fantástica agilidad, a pesar de su gigantesca estatura, sir Malcolm decapitó limpiamente, uno tras otro, a los dos arqueros enemigos, sin darles tiempo a cargar de nuevo su arma.

Un crujido horroroso sonó a sus espaldas y con una rápida ojeada se dio cuenta de lo que sucedía: la escalera cargada de cristianos, había cedido, precipitándose todos al foso y dejando al noble arriba, solo, luchando contra los árabes que, repuestos, acudían en número cada vez mayor, por lo que sir Malcolm se encomendó al Señor, dedicó un último pensamiento a su hermosa esposa, la bellísima Alizanda, y se arrojó, con la espada en alto, sobre aquel numeroso grupo de infieles que, aullando como endemoniados, se disponían a caer sobre él para castigar con la muerte al osado caballero que se había atrevido a profanar con sus pisadas el suela de la muralla de la ciudadela.

Sir Malcolm no litigó nunca hasta sus enemigos, porque una espantosísima detonación, acompañada de un fulgurante relámpago, resonó en sus oídos, y el inglés advirtió que ya no era de este mundo.



Doscientos años más tarde, una carreta tirada por bueyes, pasaba por entre una multitud aullante y enfurecida, que gritaba injurias e improperios contra una hemosísima mujer de la que, los sufrimientos, los golpes recibidos y la certeza de su inminente muerte, no habían podido borrar de sus rasgos la notabilísima belleza que poseía.

Lotta iba pálida, pero resignada a la hoguera. Sabía que en breves momentos no sería más que un cuerpo cuyas cenizas serían arrojadas al Rin, pero aquella era la voluntad del Señor y debía acatarla. Ella no había sido, no era una bruja como había pretendido el tribunal de Maächen que la juzgara. Ella poseía únicamente un poder maravilloso, de cuya procedencia no tenía la menor idea, que la hacía sanar muchos enfermos. Sabía Lotta que muchas veces le había bastado con mirar fijamente a los ojos del doliente, sobre todo si eran niños, y

pasarles suavemente la mano por la frente para que inmediatamente éstos sintieran una notable mejoría. Pero su habilidad o su propiedad de curar a los que tenían alguna dolencia ante las que habían fracasado los mejores físicos, la habían atraído la inquina de éstos y la habían denunciado como bruja, por lo que comprobadas las curaciones, comprobado que Lotta tenía establecido un pacto con el Maligno, la muchacha había sido condenada al poste que había encima de un enorme montón de leña.

Lotta miró a la muchedumbre, en tanto la ataban al madero, con infinita compasión. Allí, en primera fila, se hallaba Enrico de Siwen, a cuya hija, hermosísima doncella, había sanado Lotta, curándola de la pertinaz fiebre que hacía semanas que no la abandonaba. Allí, en primera fila, se hallaba la viuda Buttewr, mantenida por su hijo, al que Lotta había arrancado de la muerte. Allí, en primera fila, de la mano de sus padres se hallaba, con los ojos muy abiertos, el pequeño Johann Pänohn, cuya primera salida a la calle había sido para presenciar la muerte de la mujer que lo había sanado, curándolo de la enfermedad ante la que habían fracasado médicos y medicinas. Y todos aullaban y gritaban, impacientándose, porque empezara el espectáculo.

Lotta miró al Cielo. Éste sabía que ella era inocente de todos los cargos que la eran imputados. Y como si quisiera protestar de la injusticia que cometían los hombres, y para no verla, se había cubierto de negros y espesos nubarrones, amenazando con descargar sobre Maächen una espantosa tormenta, de la cual los primeros relámpagos se empezaban a divisar.

—¡Apresúrate, verdugo! ¡Va a llover y nos va a impedir la diversión! — gritó una voz, sobresaliendo del tumulto.

El sicario vestido de rojo, concluyó de atar a Lotta y ésta se encomendó al Señor, pidiéndole fuerzas para resistir la horrible prueba por que iba a pasar. Comenzaron a ondular las primeras llamas, al mismo tiempo que alguna gruesa gota caía sobre la multitud que, expectante, había callado, tratando de escuchar sádicamente los lamentos que, a no tardar mucho, iba a proferir la sentenciada.

El humo comenzó a envolverla. Lotta sintió ya los primeros síntomas de la asfixia, al mismo tiempo que sus pies comenzaban a sentir la elevación de temperatura, pero una nube situada exactamente encima de la plaza se abrió, cegando a todo el mundo con su resplandor y destrozando los oídos con el horroroso estampido que sonó y que hizo desvanecerse a Lotta.



Pedro Rodríguez de Salas suspiró y, elevando en una mano el mosquete y la bolsa de la pólvora y en la otra la espada, se metió hasta la cintura en aquellas aguas heladas, en una orilla opuesta se hallaba el enemigo. Dirigió una breve oración a María Inmaculada, y procuró resistir la corriente del río Elba, lo mismo que muchos de sus compañeros de su Tercio, dispuestos a dar la batalla que ellos no sabían se iba a llamar en los siglos venideros de Mülhberg.

¡Plop! Una bala llegada de la orilla opuesta levantó un pequeño chorrito de agua al lado de Pedro, haciéndole sonreír. ¡Qué malos tiradores eran aquellos protestantes! Tan malos tiradores como malos cristianos. Él les enseñaría a tirar y a manejar la espada. No había otro espadachín como Pedro Rodríguez de Salas, soldado viejo de los Tercios de Flandes, en todas las tropas españolas. Y apuntando con el mosquete, el hombre que se ponía delante de la boca de su arma, era hombre que ya podía encomendarse a los Santos de su devoción, si es que tenía alguna, que Pedro, tratándose de herejes, lo dudaba mucho, puesto que antes de que tuviera tiempo de darse cuenta de lo que le ocurría, ya tenía en el pecho un grueso boquete, abierto por una pesada bala de plomo, por el que se le escapaba la vida.

Pedro tenía frío, pero pensó que dentro de muy poco lo olvidaría porque entraría en calor manejando el toledano acero. Y haría sentir su helada caricia al infeliz que tuviera la mala suerte de ponerse delante de aquella espada que en manos del español parecía cobrar vida, como una serpiente metálica moviéndose incesantemente y deteniéndose sólo un momento: cuando encontraba su presa.

Pedro llegó a la orilla. Más fuerte que sus compañeros más robustos, se había anticipado a éstos y cuando se dio cuenta se vio rodeado por un grupo de gesticulantes enemigos que se dirigían hacia él con las nada tranquilizadoras intenciones de despacharlo sin más contemplaciones. Pedro vio que no tendría tiempo de usar su arcabuz y empuñó la espada firmemente, pero antes de que pudiera parar siquiera la primera estocada, vio, a seis metros de él, cómo un soldado de Guillermo de Orange se detenía, clavaba la horquilla el suelo y colocaba sobre ésta su mosquete. El español se dio cuenta de que la

boca de éste le encaraba directamente y con un ¡voto a...! se lanzó hacia adelante, dispuesto a ensartar al hereje antes de que éste tuviera tiempo de aplicar la mecha a su arma.

No pudo hacerlo. No tuvo tiempo: un chorro de llamas salió de la boca del arcabuz, un trueno espantoso sonó dentro de la cabeza de Pedro y éste no sintió ya nada más en este mundo.



—¡Halloway!

— ¡A la orden, señor! ¡Un momento, señor!

El sargento Fletcher Halloway, del 7.° de Caballería de los Estados Unidos, mandado por el general Custer, movió horizontalmente su rifle siguiendo la carrera de un piel roja, montado en su caballo, y cuando estuvo seguro de que su disparo sería certero, oprimió el gatillo y el indio dio una voltereta, quedándose inmóvil en el suelo. Luego, sonrió ampliamente, mirando a su superior que permanecía de pie, junto a la bandera clavada en el suelo, agitada por la brisa.

—¡Listo, mi general! — exclamó el sargento,

—La cosa se está poniendo fea — dijo el general Custer—. Hay que ir a pedir socorro al fuerte.

—Le entiendo perfectamente, mi general. Voy a ver si encuentro una montura —repuso Halloway.

—Coja municiones en abundancia — dijo Custer, disparando contra un indio que se acercó demasiado y que fue enviado al paraíso de caza.

No hacía falta que se lo ordenaran al sargento. De uno de sus compañeros muertos tomó una canana repleta de cartuchos y su revólver que no había tenido ni tiempo para utilizar, ciñéndosela a la cintura. Luego, aun cogió otra que se colgó del cuello y casi arrastrándose se fue acercando hacia un caballo espantado, sin dueño, que no sabía que hacer más que brincar cuando alguna detonación le

sonaba demasiado cerca.

Desde la cadera disparó el rifle hacia un piel roja que se dio cuenta de lo que el sargento pretendía hacer y que había frenado bruscamente su cabalgadura, dirigiéndose hacia el blanco. Pero fue derribado por la certera puntería de Halloway, y éste, volteando hábilmente, montó sobre el caballo, espoleándolo cruelmente y haciéndolo arrancar en un furioso galope.

Medio echado sobre un lado, procurando hurtar el cuerpo a las balas que lo buscaban, el sargento Halloway atravesó fácilmente la primera línea circular del cerco que los pieles rojas tenían sometido al 7.º de Caballería, en tanto que la tierra se deslizaba como una mancha grisáceoverdosa bajo los cascos del caballo.

Fletcher Halloway se irguió en el lomo del animal que no llevaba silla, ya que había pertenecido a un atacante, suspirando satisfecho, habiendo dejado a su espalda el infierno en el que se debatía ferozmente el Regimiento sitiado, pero apenas lo había hecho, cuando una imprecación se escapó de sus labios, porque en línea recta hacia él venía un numeroso grupo de aullantes pieles rojas que, a galope tendido, acudían a reforzar a sus compañeros y a liquidar los ya escuálidos restos del 7.º de Caballería.

Halloway miró hacia atrás y decidió que lo mismo le daba volver que seguir hacia adelante: en ninguno de los dos casos tenía solución, y encarándose el rifle, oprimiendo con las rodillas los flancos de la bestia, disparó, abatiendo un guerrero.

En el mismo instante, otro echó hacia atrás su brazo armado de larguísima lanza que fue arrojada hacia adelante. Halloway la vio venir y quiso evitarla, pero sintiendo un vivísimo dolor, una ardiente sensación como si de repente se viera metido en una hoguera mayor que el mismísimo Sol, se sintió lanzado fuera de la silla.



¡Boom!

La detonación sonó estruendosa dentro del “bunker” de cemento, y el

polvo cayó sobre la cabeza de Fernando Almirall, legionario de segunda clase del 9.º Regimiento de la Legión Extranjera, destacado en Indochina,

Fernando miró en su torno y vio que él era ya el único superviviente de aquella pequeña fortaleza que no tardaría, tanto en hundirse, agrietado y resquebrajado el cemento, como en ser aprisionados los defensores que quedaban vivos, mucho menos que los muertos. Pero decidió consigo mismo que a él no le cogerían dentro de aquella ratonera subterránea, y por eso cogió un morral y lo llenó de cargadores para su fusil ametrallador, y otro en el que echó unas cuantas latas de conserva para sostenerse en el difícil camino que había decidido emprender. El de la evasión como fuera hasta llegar a sitio donde hubiera tropas amigas. No quería ser hecho prisionero para luego sufrir la parodia de un juicio por “enemigo del pueblo” y colocado de espaldas contra una pared, si es que le hacían ese “honor”, cosa muy poco probable, porque lo más fácil sería el tiro en la nuca, sin parodias ni imitaciones de una sentencia legal.

Cogió los dos morrales y ascendiendo por las escaleras del “bunker”, llenas de escombros de dos clases, humanos y de tierra, cemento y acero, salió al exterior, en medio de la lluvia fría, espesa, incesante, en aquel crepúsculo que al mismo tiempo que el fin del día, marcaba asimismo el de la fortaleza de Dien-Bien-Phu.

Se arrojó al suelo al oír el silbido de una granada y cuando la explosión sonó y cesaron de silbar amenazadoramente sobre su cabeza los trozos de la metralla, Fernando se puso en pie y echó a correr, dispuesto a perderse en la espesura que rodeaba a la posición, en la cual ya se veían los grupos de asaltantes invadiéndolo todo y haciendo sus primeros prisioneros.

Las bolsas cargadas le golpeaban dolorosamente en los movimientos que hacían al correr el legionario, que llevaba la pistola ametralladora en las manos, lista a cualquier evento. La artillería enemiga iba cesando en su tiro al recibir noticias de qua sus fuerzas propias ya estaban asaltando la posición enemiga, y por eso Fernando pudo correr ya sin más impedimentos hacia la selva que abría sus acogedores brazos, que disimularían perfectamente en ellos una simple figura humana, a menos de cien metros.

Súbitamente un grupo de soldados enemigos apareció en la linde, deteniendo a Fernando su sola vista como si una invisible mano se le hubiera plantando en mitad del pecho. Luego, reaccionó y puso una rodilla en la tierra.

Una ráfaga de disparos salió de su arma, pero antes de que el legionario tuviera tiempo siquiera de ver sus efectos, sí en cambio vio otra cosa que le erizó los cabellos: ¡una granada de mano volando en mortífera parábola hacia él!

Quiso levantarse, echar a correr, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Parecía como si aquella misma mano que lo detuviera anteriormente al ver el grupo de rojos, lo mantuviera ahora clavado en el terreno. Y casi en seguida, una detonación, una explosión, envuelto todo ello en una destellante llamarada, que abrazó con su hálito ardiente a Fernando y éste sintió escapársele la vida.

CAPÍTULO II

La primera sensación que tuvo Fernando de su vuelta a la consciencia, fue precisamente un violentísimo dolor de cabeza. Un dolor en intermitentes oleadas que iban y venían hasta retirarse gradualmente, despejándose las nieblas que le cubrían el cerebro, hasta adquirir forma en sus retinas los objetos que tenía delante de su campo visual.

Pero no eran objetos: eran dos personas. Dos personas vestidas de tal manera que hicieron respingar de asombro a Fernando, haciéndole lanzar una exclamación de asombro e incredulidad, todo al mismo tiempo.

Dos personas vestidas de un modo arcaico y ya en desuso: un hombre y una mujer. Una mujer con una túnica corta y un hombre con un uniforme que pertenecía a los Museos Militares. Y si él los contemplaba con curiosidad, la de la pareja no era menor.

La mujer era bellísima, de una belleza pálida e impresionante, con unos espléndidos ojos azules debajo de una cabellera larga y del color de la miel. El dibujo de sus labios era perfecto, así como las líneas del cuerpo que se adivinaban debajo de la desgarrada túnica, que apenan le cubría las rodillas y que dejaba un ebúrneo hombro al descubierto. Le sonreía al mirarlo, enseñando una fila de blanquísimos dientes, correctamente agrupados y la mirada de la mujer parecía taladrarle los pensamientos a Fernando que, para evitarlo contempló a su compañero, que parecía arrancado de las páginas de una antigua ilustración del siglo pasado.

Sombrero de anchas alas, pañuelo que había sido blanco anudado al cuello, guerrera azul con galones, guantes blancos de manopla hasta el codo, pantalones metidos dentro de altas botas con espuelas y armado hasta los dientes con algo que también pertenecía a algún Museo, sin la menor duda: un “Winchester” de repetición y un “Colt” de seis tiros, de aterrador aspecto, armamento completado con dos cananas repletas de cartuchos. Esta era la indumentaria del hombre.

—¿Se encuentra bien? — preguntó la mujer con voz dulcísima, que hizo que a Fernando le pareciera la de un ángel.

—Sí… pe… pero, ¿dónde estoy? ¿Qui… quiénes son… son… ustedes?

El hombre le contestó y Fernando entendió perfectamente sus palabras:

—Estar, no sabemos nadie dónde estamos. Ser, ésta es Lotta. Y yo me llamo Fletcher Halloway, sargento del 7.º de Caballería de los Estados Unidos, al mando del general George Armstrong Custer.

Súbitamente una idea repentina vino en auxilio de Fernando, al aclararle la situación e, incorporándose de la posición sedente en que se hallaba, alargó su mano al hombre diciendo:

—Me llamo Fernando Almirall, legionario de segunda clase del 9.° Regimiento de la Legión Extranjera en Indochina. ¿Qué tal, Halloway? — Luego repitió la acción con Lotta, mirándola a lo más profundo de los ojos, y sintiendo una especie de contacto eléctrico al tener su manecita entre las de él—, ¿Qué tal, Lotta? ¿Cómo va esa película?

—¿Película? — repitió el yanqui, estupefacto —. ¿Qué es eso de película?

—¡Hombre! — repuso Fernando—. Pues la que están haciendo ustedes. Y usted, Lotta, ¿es ahora la nueva compañera de Tarzán?

Ahora fue ésta quien abrió los ojos enormemente, terriblemente estupefacta ante las para ella inesperadas palabras del legionario. Miró hacia el sargento apuradamente como pidiéndole un consejo y éste se encogió de hombros significativamente.

—No… no le entiendo, Fernando, Ése ha dicho que es su nombre, ¿no? Yo no tengo ningún compañero ni sé qué es eso de la película — repuso desconcertada la muchacha.

—No me digan ustedes que se han vestido así por su gusto — gruñó

impaciente Fernando—. Si se creen que me van a tomar el pelo… ¡No es época de Carnestolendas!

—Escuche, amigo —dijo el sargento—. Sepa que aquí nadie engaña a nadie y que la señorita es lo que le ha dicho…

—¿Qué es lo que me ha dicho? —interrumpióle Fernando—. Hasta ahora no sé más que se llama Lotta.

—Perdón—dijo la muchacha, clavando su límpida mirada en la de Fernando y haciéndole sentir cierto desasosiego—. Mi nombre completo es Lotta Reisembach y hace unas cuantas horas estaba a punto de ser quemada viva, acusada de brujería, en la plaza de Maächen. Perdí el conocimiento y… bueno, aquí estoy. No sé quién me trajo, ni cómo he venido ni cómo lograron desatarme del poste.

—En cuanto a mí — intervino el sargento antes de que Fernando tuviera tiempo de abrir la boca—, estaba hace unas horas también con el general Custer…

—…en Little Big Horn, ¿verdad?— le interrrumpió sarcásticamente Fernando.

— Sí — repuso asombradísimo Halloway—. ¿Cómo lo sabe usted?

—He visto la película, amigo — repuso con gesto cansado el legionario —, y sé que allí no quedó un soldado vivo para contarlo. Todos murieron, desde el general al corneta.

—¡No!— gritó Halloway, excitado—. ¿Cómo se atreve usted a decir tal barbaridad?

—Es la realidad. La verdad pura y sencilla, amigo Halloway —respondió Fernando—. Y no me venga ahora con el cuento de que no lo sabe porque no se lo creeré. ¡Ni a usted tampoco, señorita Reisembach! ¿Es que creen que me chupo el dedo todavía? Ya he pasado de la tierna edad en que…

Fernando se interrumpió bruscamente al ver la serie de extrañas figuras que entraban en aquel momento en la habitación en que se hallaban, la cual se hallaba desprovista en absoluto de muebles, iluminada por una altísima ventana, pero de lisos muros que no ofrecían la menor irregularidad. Y aquellas figuras se acercaron a los tres interlocutores, de los cuales Fernando continuaba en la misma extática posición, con la mandíbula inferior colgando, suspensa la respiración, abiertos los ojos hasta dolerle, como si no creyera en la

realidad tangible de lo que los rayos luminosos llevaban hasta sus pupilas,

—¡Santo Dios! —exclamó, al fin, Fernando, cuando recobró el uso de la palabra.—¿Quiénes… quiénes son esos? — Luego se pasó la mano por los ojos, diciendo: —Estoy seguro de no haber probado el alcohol y sin embargo…

Uno de los recién llegados se adelantó, sonriente debajo de su mostacho, exclamando:

—Un nuevo compañero, ¿no? Bien venido, seáis. — Alargó su mano y estrechó la que Fernando le tendía maquinalmente, diciendo: —Me llamo Pedro Rodríguez de Salas, soldado viejo de los Tercios Españolas de Flandes. ¿Y vos, amigo?

—Fer,.. Fernando Almirall — contestó éste, absorto todavía.

—¿Almirall? ¿Almirall? —repitió Rodríguez, colocándose la mano debajo de la perilla y mirando al techo reflexivamente —. Creo… creo que en mi misma compañía había un español, catalán por más señas, de ese apellido. No sé, no sé…

Otro de los recién llegados, adelantándose e interponiéndose entre ambos compatriotas, se presentó, dejando ver su extraño tipo, con un arco en la mano, dos aljabas repletas de flechas a la espalda y coraza pectoral. Era de mediana estatura, cetrino de rostro e intensa la negrura de sus cortos cabellos.

—Ramahé, capitán de arqueros del Faraón Tutmosis III — se presentó el egipcio.

—Hola — murmuró débilmente Fernando, todavía sin comprender—. ¿También usted hace películas? No me vaya a decir ahora que lo contrató Cecil B. de Mille para los “Diez Mandamientos>.

El egipcio miró a sus compañeros haciendo un gesto con ambas manos, como si indicara que no comprendía las extrañas palabras que les dirigía el recién llegado. Luego, habló a su vez.

—No te entiendo. Yo soy…

—Sí. Ya lo sé — contestó, ahora levemente impaciente Fernando—, Ya sé tu nombre y tu condición. ¿Quién diablos te ha traído hasta aquí?

—No lo sé — contestó el arquero—. Yo iba en la extrema vanguardia

de los ejércitos del Hijo de Osiris y ya estaba a punto de alcanzar a los hebreos que habían atravesado el Mar Rojo, cuando se cerraron las aguas hasta entonces contenidas por alguna oculta divinidad y sentí que iba a morir ahogado. Perdí el conocimiento y cuando me desperté, me encontré en esta habitación. Estaba yo solo. Luego llegó éste, apenas me había repuesto de mi sorpresa y cuando no sabía todavía si vivía o me encontraba junto con mis antepasados.

"Éste" era el romano, con su yelmo con carrilleras, coraza brillante, una corta lanza, escudo y espada pendiente del costado derecho y dio un paso adelante:

—Quinto Tulio Decio, decurión de la Legión Itálica, destacada en Palestina.

Fernando tuvo un rasgo. Se inclinó y buceó entre el paquete de conservas que se había echado a las costillas cuando emprendió su fuga del infierno de Dien-Bien-Phu. Sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno ante la sorpresa general de todos cuantos le contemplaban, excepto del sargento Halloway que exclamó alborozado:

—¡Tabaco! Y yo sin una brizna. Anda, que no lo estaba echando de menos.

Halloway se sumió en el éxtasis que le proporcionó la aromática hierba, en tanto que Fernando se dirigía al legionario de Roma, en contestación a las anteriores palabras de éste.

—Con que destacado en Palestina, ¿eh? Ahora no me dirás que el gobernador se llama Poncio Pilatos y que no hace una semana que crucificó Un Hombre que se llamaba Jesús y que era de una aldea llamada Nazaret.

Decio abrió los ojos extrañado.

—Pues, sí— dijo—. Pero, ¿cómo lo sabes?

—Seguro que tú lo escoltaste hasta el lugar del suplicio, ¿no es cierto?

Decio iba de sorpresa en sorpresa. Volvió a preguntar:

—Todo lo que dices es cierto, extranjero. Quiero saber cómo te has enterado de todo eso.

Fernando le puso una mano en el hombro, sonriéndole amistosamente:

—No te preocupes, romano. Sé eso y mucho más —y al acabar de decir tales palabras se dirigió a otro de los personajes, de imponente aspecto, vestido de hierro de pies a cabeza, con un pesado mandoble en la mano derecha, con una corta vesta sobre la cual había una cruz de rojos brazos, y le dijo: —En cuanto a usted, no me lo diga. Seguro que es un gran amigo de Ricardo Corazón de León, ¿no es así? ¿O me engaño?

Ahora fue sir Malcolm el asombrado. Su boca y sus ojos se abrieron desmesuradamente y cuando recobró el habla, apenas pudo decir:

—¡Voto a cien mil sarracenos decapitados! ¡Este hombre es un brujo!

El "brujo" cambió repentinamente su expresión y alzó las manos como para imponer silencio a los murmullos que se habían levantando ante sus últimas palabras. Elevó ligeramente la voz y dijo:

—No crean ustedes que soy tonto, ni mucho menos. Va se lo dije a alguien hace escasos minutos. No sé qué es lo que se traen entre manos, pero si creen que van a sorprender mi buena fe, se equivocan de medio a medio. Váyanse a cambiar de ropa, si es que no tienen que actuar en el "plateau", y luego, si insisten en que sea buen amigo de ustedes, nos iremos a buscar un lugar adecuado para corrernos una juerguecita a modo. Pero tengan en cuenta que me gusta ver las películas en la pantalla, no mientras se filman.

Doce ojos miraron atónitos a Fernando, como interrogándole con la mirada, y éste arrojo el cigarrillo a medio consumir al suelo, pisoteándole con rabia:

—¡Maldita sea!— exclamó—. ¿Es que no se van a mover? ¿Por qué no se largan ya de aquí?

—Escuchadme, don Fernando — se adelantó Rodríguez, asiéndole suavemente por un brazo—. Me parece que andáis harto equivocado con respecto a nosotros. Yo me hallaba esta mañana en Mülhberg y había atravesado ya el río, cuando una docena de herejes ¡así Dios y María Santísima e Inmaculada los confundan y los precipiten en lo más hondo de los infiernos! — y el español se santiguó devotamente, continuando — se echaron encima de mí. Antes de que pudiera despachar uno de ellos con mi fiel acero — se palmeó Rodríguez la empuñadura de la espada — un descastado luterano de los que tenía frente a mí, me soltó un arcabuzazo y me envió aquí. Seguro que ha hecho pacto con Satanás, ¡voto a...! —y de nuevo el español tornó a santiguarse, dejando con sus palabras atónito a Fernando.

Miró alternativamente a sus compañeros. Parecía como si una luz, diciéndole lo que en realidad ocurría, fuera abriéndose paso en su imaginación. Decio dio otro golpe:

—En cuanto a mí, después de haber asistido a la Muerte del que se llamaba a sí mismo Dios e Hijo de Dios, tuve que escoltar a un recaudador de contribuciones, y en una aldea de Judea nos asaltaron unos bandidos. Quedé vivo yo solo y sentí un fuerte trueno. Cuando me desperté estaba aquí, con Ramahé.

Y sir Malcolm remachó ya el clavo:

—Puedo deciros, sir, que yo había logrado rebanar dos pescuezos en lo alto de las murallas de San Juan de Acre. Me ocurrió lo mismo que a Decio: un estampido y ¡plaf! aquí, donde estaban ya los dos, además de Lotta.

Tuvo que encender otro cigarrillo Fernando, para aplacar sus nervios, pues estaba viendo que en cualquier momento se le iban a desatar e iba a prorrumpir en frenéticos alaridos. No. Aquello no podía ser. Era increíble. Siete seres de siete edades distintas de la Humanidad reunidos en una habitación. Seis hombres y una mujer. Y a juzgar por lo que contaban, todos habían visto lo mismo: un relámpago con un trueno aterrador y se habían despertado en la misma estancia en la que él había abierto sus ojos a la luz. Entonces... ¿Habría estallado aquella granada de mano que le arrojara aquel rojo? ¿Sería su fogonazo y su detonación lo que había oído? ¿O habría obedecido a otra causa misteriosa, desconocida por completo para él? Se tocó las ropas, se pellizcó los brazos que llevaba remangados hasta el codo, se quitó el casco golpeándose con él la cabeza hasta ver las estrellas... No estaba muerto. No eran alucinaciones de ultratumba. Estaba vivo, confortadoramente vivo, pero en una situación en la que jamás hubiera soñado hallarse en su vida: con seis seres que habían vivido siglos, algunos de ellos millares de años, antes que él, que debían estar muertos, convertidos en menos que polvo y que, sin embargo, hablaban entre sí, charlaban y comentaban la extraña actitud de duda e incredulidad que reflejaba el rostro del último llegado a aquella estancia.

—No puedo creerlo — musitó —. Hombres de otras edades...

—Yo no sé nada — contestó Halloway —. Lo único que me gustaría es pescar por mi cuenta al tipo que me trajo aquí, impidiéndome llegar al fuerte a pedir socorros. Como se entere Custer, ¡adiós galones! —se lamentó finalmente el yanqui, pero Fernando, convenciéndose cada

vez más de que aquel hombre decía la verdad, que era un hombre que había vivido ochenta años antes que él, le puso la mano en el hombro y trató de consolarle.

—No se apure, sargento — le dijo—. Aunque llegara usted vivito y coleando al fuerte ése y saliera una expedición de socorro, ya no llegaría a tiempo. A estas horas es usted el único que sobrevive del 7.º de Caballería y dé gracias a Dios… y al que le trajo aquí.

—Sí… sí es que algún día llegamos a saberlo — repuso melancólicamente Halloway, agregando—: ¡Pobre Custer! ¡Pobres compañeros!

Sir Malcolm y el español se le acercaron. Éste fue el primero en hablar:

—Qué, ¿os convencéis ahora, don Fernando? ¿Estáis seguros ya de que no somos nada "películas" como vos decís y que no tenemos que ir a ningún sitio a cambiarnos los ropajes? Para mí que ha sido alguien que ha hecho pacto con el diablo — y al decir tal sonrió fanfarronamente, atusándose el bigote y mirando de soslayo a Lotta que enrojeció al oír las palabras de Rodríguez — y ha impedido que sus hijos conocieran el temple que dan al acero las aguas del Tajo, ¿no opináis así conmigo, sir Malcolm?

Se mesó éste la luenga barba unos instantes, agitándola luego al hablar:

—Habláis y suponéis acertadamente, sir Pedro — repuso el inglés —. No obstante, creo que lo mejor sería salir de aquí, o por lo menos intentarlo.

—Es cierto — dijo Fernando —. No podemos permanecer aquí toda la vida, o todo el tiempo que desee el misterioso ser que nos ha traído hasta aquí. Debemos intentar algo para buscar una salida.

—Ya lo hemos mirado antes — terció el decurión—. Todas las paredes son como éstas: lisas, absolutamente lisas, sin la menor señal de puerta o ventana en ellas. No hay más que dos estancias contiguas absolutamente iguales a ésta en que ahora nos hallamos.

—Está bien. ¿Y esa ventana? — Fernando indicó con un dedo la que se hallaba en un rincón de la estancia.

—Ya probamos antes, pero fue inútil — repuso Ramahé.

—Eso fue antes. Tal vez ahora con un refuerzo...— sugirió Fernando —. Ahora somos uno más.

—Es cierto — palmeó entusiasmado Rodríguez—. Seis hombres capaces de vencer y arrollar todos cuantos obstáculos se nos pongan por delante. ¡Santiago y a ellos! — exclamó en el frenesí de su alegría, haciendo sonreír a su pesar a Fernando, viendo a Rodríguez que había desenvainado la espada y se complacía en hacer vivísimos molinetes con ella, de modo que la hoja lanzase chispazos y destellos incesantes al ser herida por la espesa luz que entraba por aquel cuadrado horizontal a unos seis metros del suelo. Se interrumpió repentinamente, mirando a sus compañeros que le contemplaban divertidamente y preguntó: —¿Cómo nos arreglaremos para ello?

Fernando hizo unos rápidos cálculos y lo decidió:

—Vos, don Pedro, y sir Malcolm, los más fuertes y altos, seréis la base. Decio y yo, sobre vuestros hombros. El sargento Halloway sobre éste y sobre mí. Ramahé es el más ligero y llegará a la ventana con facilidad, izando primeramente a Lotta. ¿Está bien así?

Pero antes de que dieran todos su aprobación al plan del español un ruido extraño sonó en una de las habitaciones inmediatas, seguido de un rumor de numerosos pasos sobre aquel suelo y casi en el acto, un buen puñado de hombres se apareció ante la vista de aquellos sorprendidos compañeros del Tiempo.

CAPÍTULO III

Aquellos hombres iban vestidos de una extraña manera: una especie de botas altas hasta la rodilla, pero de un material que se ceñía a la carne amoldándose a ella, de un color muy parecido. Cortas vestes, con cinturón negro, del que pendía una espada también corta, que más parecía de adorno que arma ofensiva en realidad y casco semicircular sin aletas de ninguna clase, excepto el del hombre que iba en cabeza, mejor trajeado que el resto de los soldados, lo cual era índice de su jefatura, y que sin dudarlo más, sin hacer ninguna otra advertencia, desenvainando su espada y alargando la mano en dirección a aquel grupo de siete asombrados espectadores que no comprendían la presencia de aquellos hombres allí, exclamó:

—¡A ellos! ¡Éstos son los hombres que nuestro Poder nos ha señalado! ¡Matadlos sin compasión!

Las palabras llegaron con claridad a los oídos de aquel grupo, que se aprestó a la defensa. Fernando dio un salto hacia atrás y echó mano a su fusil ametrallador que había dejado en el suelo, en el lugar en que estuviera sentado, pero antes de que lo hiciera sonó un disparo.

Fletcher Halloway era un hombre práctico. Práctico en la guerra de escaramuzas con los "injuns" y así, en cuanto oyó los ruidos que anunciaban la presencia de otros hombres allí, lo primero que había hecho es poner su mano en la culata de su "Colt" por lo que, apenas había pronunciado sus ominosas palabras el jefe de aquella soldadesca, el revólver había escupido una llamarada de fuego, en medio de una ensordecedora detonación cuyos ecos repercutieron fragorosamente por todos los ámbitos de la espaciosa estancia. Un soldado de aquellos se llevó las manos a la cara, soltando la espada que ya había empuñado con decisión y, girando sobre sí mismo, lanzando un aullido espantoso, se desplomó al suelo con el rostro bañado en sangre.

Fernando lamentó en aquel momento que su fusil ametrallador no fuera uno de los otros corrientes al cual se podía acoplar una bayoneta. No podía hacer el menor uso de él, so pena de que sus chaparrones de balas perjudicaran por un igual a amigos y enemigos enzarzados en furiosa lucha cuerpo a cuerpo, excepto el egipcio Ramahé que se había colocado a un lado.

Sus movimientos eran vertiginosamente rítmicos: la mano derecha atrás hacia el mismo lado, de donde pendían las aljabas con las saetas. El índice y el pulgar tomando una de ellas y colocando la muesca de la vira en la cuerda, estirándola hasta hacer crujir el arco y tocarse la oreja y abrir luego los dedos, dejando partir el emplumado proyectil, que silbaba venenosamente llevando la muerte en cada una de sus aceradas puntas.

Tres soldados seguidos se desplomaron en el suelo, revolcándose en horripilantes convulsiones, asiéndose desesperadamente aquellos palitos que, empezando en agudísima punta de hierro y terminando en una extremidad de multicolores plumas, les habían atravesado las respectivas gargantas, saliéndoles por la nuca.

Quinto Tulio Decio no se estaba quieto. Paró con el escudo una furiosa estocada que le lanzaba un soldado enemigo y, desviando aquel armado brazo, con lo que el flanco de su antagonista quedó por

completo al descubierto, se tiró a fondo. El hombre lanzó un aullido espantoso y de aquel enorme agujero salió un torrente de rojo líquido, que embadurnó el suelo rápidamente.

El inglés lanzaba estentóreas exclamaciones de júbilo y satisfacción. Manejando el formidable montante con ambas manos, repartía mandobles a diestro y siniestro, segando cabezas a la altura de los hombros, abriéndose un ancho círculo en aquel tropel de gente que vociferaba como una masa enloquecida, pisoteando sin compasión alguna los cadáveres y los cuerpos de los heridos que gemían angustiosamente.

—¡Toma, bergante!—exclamaba Rodríguez, retirando su espada enrojecida hasta los gavilanes del cuerpo de uno de aquellos soldados, por cuya boca salió una bocanada de sangre que le impidió gritar, cayendo acto seguido hacia el suelo, agitándose en los espasmos de la agonía. Luego, desvió una de aquellas espadas, paró en cuarta, atacó en segunda, fue rechazado el avance y, al fin, describiendo un velocísimo molinete que hizo gemir ambos aceros, el de Toledo tomó a su rival como si fuera una cosa viva, prensil, y lo despidió por los aires para clavarse a continuación entre ceja y ceja, desviándose de la garganta enemiga a la que iba destinada la estocada, porque su dueño hizo un brusco e inesperado movimiento que no le sirvió para evitar su muerte instantánea cuando medio palmo de hierro le penetró en la masa encefálica.

—¡Bien, Lagardère!— oyó Rodríguez una voz a su lado y se volvió.

—No os comprendo don Fernando — gritó en medio del fragor del combate.

—No os preocupéis — rió éste, manejando por la culata su fusil ametrallador, único medio que tenía para utilizarlo en medio de aquella espantosa confusión, en medio de los aullidos y de las imprecaciones, de los gritos de agonía y de las detonaciones de "Winchester" de Halloway que, concluidos los seis disparos de su revólver, con otros tantos humanos blancos lo había enfundado y, desde la cadera, cargando y recargando rapidísimamente, disparaba sin compasión.

El número de los atacantes disminuyó rápidamente, y de repente, como obedeciendo a una consigna, comprendiendo que aquellos seis hombres eran seis formidables enemigos, seis hombres a quienes no se conseguía vencer con unas simples espadas, dieron media vuelta y salieron huyendo. —¡Corramos! — gritó sir Malcolm—. ¡Así podremos

salir de aquí!

Sus compañeros comprendieron pronto la idea y le imitaron, pero la última flecha que lanzara el egipcio se estrelló, fragmentándose en mil pedazos, contra la puerta que se cerró velozmente antes de que ninguno de ellos pudiera hacer el menor esfuerzo para detenerla. Y luego, Fernando, acercándose a aquel muro, lo tanteó asombradísimo, haciéndose eco del pensamiento de los demás:

—¡Es absurdo... pero es verdad! ¡No hay la menor señal de puerta! Como si nunca hubiera existido.

El muro había recobrado otra vez su anterior aspecto, liso, inalterable, sin la menor solución de continuidad, y Fernando golpeó sus puños contra él, en un acceso de desesperación y rabia incontenida.

—¡Maldita sea..,!—masculló, pero se volvió al oír una voz a su lado.

—Así no haremos nada, Fernando —le dijo el sargento Halloway.

Se pasó aquél la mano por la frente, diciendo:

—Tiene usted razón. Pero... ¡aguarde! ¡Se me ha ocurrido una idea!

Volvió hacia la otra habitación en busca de algo, pero antes de que llegara hasta los morrales que se había llevado con él desde el "bunker", se detuvo en seco. Lotta estaba caída en el suelo y de su frente manaba un hilillo de sangre.

—¡Lotta!— exclamó Fernando, arrodillándose junto a ella, lo cuál hizo acudir corriendo a los demás que los rodearon expectativamente.

—¿Qué le ha ocurrido? — inquirió alguien.

—No lo sé — murmuró Fernando, y miró en su derredor como buscando algo —. Si tuviera un poco de licor...

—¿Por eso se apura, compañero? — rió estruendosamente Halloway —. Aquí hay lo suficiente para que la damisela recupere el sentido.

Alargó la mano el sargento, después de habérsela llevado al bolsillo de la cadera, y Fernando destapó el frasco, oliéndolo a continuación.

—¡Mmmmm...! — elogió—. ¡Vaya aroma, amigo!

—De Kentucky legítimo — sonrió satisfecho Halloway, en tanto que Fernando a falta de algo mejor arrancaba un trozo de la ya más que

destrozada túnica de Lotta, y echando unas gotas de licor, trataba de restañarle la sangre que le brotaba de lo que al momento se vio era un simple corto, lo cual hizo exhalar un suspiro de alivio a Fernando y al resto de los demás hombres.

Tosió la joven cuando un sorbo de licor le atravesó la garganta y sus ojos, después de abiertos mostraron las lágrimas que el alcohol la había hecho brotar. Fernando inquirió:

—¿Qué la ha ocurrido, Lotta? — y la ayudó a sostenerse mejor, pasándola un brazo por detrás de la espalda.

—¡No lo sé! — musitó la muchacha, con débil acento —. Vi volar una espada por los aires y quise evitarla, pero antes de que ocurriera esto sentí un fuerte golpe y perdí el sentido.

—Bien, no pase cuidado — trató de animarla Fernando—. No ha sido más que una cortadura sin importancia. En seguida se le pasará. Más ha sido el susto que nos ha dado, Lotta.

—¿De veras? — sonrió ésta, y Fernando, sin saber por qué se sintió turbado, enrojeciendo y, después de haber ayudado a la muchacha a levantarse, encendió un cigarrillo para ocultar la confusión que se le había apoderado y que hizo que maliciosas miradas se cruzaran entre el inglés y Rodríguez, que se atusaba protectoramente el poblado mostacho.

—Está bien, don Fernando — terció el soldado viejo de Flandes—. Decíais hace unos minutos que se os había ocurrido una idea. Supongo que sería para salir de aquí. ¿Queréis expresárnosla?

—¡Ah, sí! Perdón, se me había olvidado por completo — y al decir esto no pudo evitar otra mirada hacia Lotta que se estaba aplicando aquel trozo de su túnica a la frente.

Se echó a reír el otro español, uniéndosele sir Malcolm.

—¡Vamos, vamos! —dijo éste—. Dejad a la muchacha en paz y explicadnos qué es esa idea que se os ha metido en la cabeza. No me extraña que la condenaran a la hoguera. Ya ha embrujado a uno de nosotros, por lo menos — concluyó el inglés, refiriéndose a la muchacha.

—Está bien. ¡Halloway! —llamó Fernando al sargento que estaba conversando animadamente con Lotta, hecho que le punzó desagradablemente en el corazón.

—¿Qué hay? — preguntó éste, acercándose.

Antes de contestar, Fernando se inclinó sobre uno de los morrales y extrajo dos objetos ovalados, negros, con estrías entrecruzadas, con una anilla en un lado y una pequeña palanquita al lado. Entregó una granada de mano al yanqui y le dijo:

—Tome esto con la mano izquierda. Así. Cuando yo le diga, meta el dedo en la anilla y tire con fuerza. A continuación arroje la granada suavemente, rodando, de modo que se detenga justamente al pie de esa puerta cuya forma de abrir desconocemos. Esto hará explosión y nos abrirá paso.

—¿Una mina? — inquirió Halloway.

—Algo parecido —sonrió Fernando—. Hemos de hacerlo los dos a la vez, de modo que las dos explosiones sean simultáneas, con lo cual obtendremos un mayor efecto. ¿Comprendido?

—De acuerdo, Almirall — replicó el sargento, yéndose con Fernando hasta el borde de la habitación, pasando por encima de los cadáveres de los atacantes y colocándose los dos allí, en tanto que los restantes se ocultaban en la pared opuesta.

—¿Estamos? Primero, la anilla. Eso es, muy bien, Halloway. No suelte la palanca hasta que le diga. —Perfectamente. ¿Ahora?

—Cuando cuente tres, Halloway. Quiero que lo hagamos los dos bien, para aprovechar la expansión de los gases hasta el máximo. Prepárese. Voy a contar. No olvide de dar a la granada el impulso justo para que vaya rodando hasta la puerta. ¿Estamos?

En el momento oportuno las granadas rodaron por el suelo. Fernando y Halloway estaban arrodillados y se incorporaron velocísimamente, corriendo hacia la pared opuesta, refugiándose en ella y colocándose el español, sin darse cuenta, al lado de Lotta que le sonrió deliciosamente, por lo que Fernando le rodeó los hombros con el brazo sin que ella protestara, antes al contrario, apretándose instintivamente contra el hombre que la ofrecía protección. Y apenas habían hecho eso, conteniendo todos la respiración, cuando estallaron las dos granadas.

La doble explosión resonó horrísona en aquel espacio relativamente reducido, multiplicándose en infinidad de ecos devueltos por las paredes, pero aquellas siete personas no sufrieron daño alguno a consecuencia de la onda explosiva, ya que estaban en lugar protegido,

y los gases, aun llegándoles con regular impacto, advertido principalmente en pechos y vientres que sufrieron un tanto de opresión, se dispersaron sin otros perjuicios para aquellos que, a su pesar, se habían visto reunidos en un lugar por nadie conocido.

Cuando se disiparon un tanto los cosquilleantes efectos de la cordita deflagrada que hizo toser y estornudar a más de uno, Femando, soltando a Lotta, cuya protección era, por el momento, innecesaria, corrió exclamando:

—¡Libres! ¡Ya estamos libres!

Pero apenas había doblado la esquina que le conducía a la estancia que daba al exterior, cuando se detuvo en seco, estupefacto, atónito, perdida el habla. ¡La puerta no había sufrido el menor daño! Ni siquiera aparecían en ella señales de quemaduras de la inflamación del explosivo, continuando en su aspecto terso, brillante, casi vítreo, como si nada, absolutamente nada, hubiera ocurrido.

—¡Es imposible! — murmuró Fernando en el colmo del asombro—. Ni una señal siquiera...

Miró a sus compañeros haciendo un gesto como disculpándose. El ya había hecho cuanto había podido. Buena prueba de ello eran los trozos de la metralla esparcidos por el suelo que, en cualquier otra ocasión, se hubieran hundido en la pared de ser ésta construida con otro metal que no fuera aquella extraña substancia que semejaba metal vitrificado. Extendió las manos, pero no llegó a hablar.

—¡No os preocupéis, don Fernando! — le interrumpió su compatriota —. Vos habéis hecho cuánto os ha sido posible y si esas bombas os fallaron, no se os puede achacar la culpa.

—Lo siento —dijo el legionario—. Tendremos que recurrir al primitivo plan: la torre humana.

— ¡De acuerdo! —fue la unánime contestación y todos volvieron a la habitación inmediata, mirando Fernando con ojo crítico la elevada ventana a través de la cual se veía difícilmente un pequeño trozo de cielo azul.

—¡Vamos, Rodríguez! Vos y sir Malcolm formaréis la base, ¿estamos?

Asintieron éstos y se plantaron sólidamente en el suelo, apoyándose en los hombros respectivos. Tal como se había forjado el plan primitivo, Decio y Fernando treparon encima de aquella pareja de hércules, y el

yanqui puso luego un pie encima de cada uno de éstos. Para el egipcio, pues, fue relativamente fácil izarse y saltar a la ventana, ayudando luego a Lotta, que trepó sobre aquella humana torre con relativa agilidad.

El tercero en salir fue el sargento Halloway y después con sus dos cinturones-cartucheras sólidamente sujetos, los alargó, asiéndolos primeramente Decio y a continuación Fernando.

—Ahora viene lo difícil —dijo éste, quitándose su cinturón y empalmándolo a los dos del yanqui. Se asomó por la ventana y exclamó —: Usted, Rodríguez, suba encima de los hombros de sir Malcolm. Es el más fuerte de todos y le soportará bien.

—Entendido —contestó el español poniendo su pie derecho encima de las dos manos entrelazadas del cruzado y subiéndose sobre sus hombros. Altos como eran, Rodríguez llegó con facilidad al extremo pendiente de la improvisada cuerda, trepando luego como un gato, ayudado por el esfuerzo simultáneo de los cuatro hombres que había arriba.

—Necesitaremos ahora algo más que esto que tenemos —dijo Fernando—. Para el inglés resultará corto. ¡Ah! Rodríguez, vuestra banda nos vendrá a las mil maravillas.

Acertó el español y cinco minutos más tarde todos quedaban extasiados ante el maravilloso panorama que se descubría desde aquella terraza. El edificio era de forma cúbica, con aquel pequeño entrante únicamente, formando una pequeña terraza en la cual cabían aquellos siete personajes tan extraños.

Pero los siete se quedaron atónitos, sin poder decir palabra cuando ya reunidos, antes siquiera de discutir sobre el plan a ejecutar, contemplaron a su sabor la distante ciudad, blanca, resplandeciente, flotando en el aire a unos cinco mil metros de distancia, como suspendida por unas invisibles ligaduras, brillando aquel conjunto de edificios al sol hasta hacer daño a los ojos. Y por debajo de ella, en todo lo que alcanzaba la vista, un inmenso bosque, una selva cuyos límites se perdían en las blancas brumas del horizonte, una jungla de un verde lujuriante, surcada por varias cintas azuladas, en varios de cuyos trozos se veían reflejados los rayos de aquel hermoso sol que tonificaba los ánimos, a lo cual se unía el raro y agradable perfume emanado de aquel verde bosque y que ascendía desde el medio kilómetro de profundidad a que se encontraba con respecto a aquella desconocida edificación en que se encontraban. Pero este edificio, a

pesar de hallarse como la ciudad, suspendido en el aire, no estaba aislado totalmente. Una especie de carretera lo unía directamente con aquella ciudad que parecía de fábula, una carretera amplia con una línea obscura en su centro, formando una recta que se perdía a lo lejos aun antes de adivinarse el punto de unión con aquella urbe.

Fernando fue el primero en romper el encanto que se había apoderado de todos:

—¡Vamos! Tenemos que salir de aquí —exclamó—. Usaremos esas ligaduras para saltar hasta ese camino.

—¿Y luego? —preguntó alguien.

Se encogió de hombros el español:

—Ya lo veremos. Es de suponer que los que nos hayan atacado vuelvan con más refuerzos y entonces lo pasaríamos muy mal.

Escasos minutos fueron suficientes para que todos se hallaran al pie del edificio, con las espaldas junto a la lisa pared del mismo, en el principio de aquel camino suspendido por los aires, al parecer únicamente entre el sitio en que se hallaban los siete y la ciudad, sin nada más que indicara el modo maravilloso como aquella carretera se sostenía sin tirantes ni postes verticales. Fernando se resignó a no devanarse los sesos tratando de inquirir el modo milagroso por el que flotaban, tanto ellos como los edificios y se dispuso a dar la orden de marcha. Pero antes de que hablara, fue Ramahé el primero en exclamar, señalando un punto distante en el camino, un punto seguido de otros varios, que aumentando rápidamente de tamaño, indicaban claramente la velocidad a la que se acercaban los ocupantes de aquellos vehículos.

Esta vez no sorprendió ya a Fernando el que los coches no rodaran directamente sobre el suelo de la carretera, sino a unos centímetros de ella, hecho que advirtió fácilmente al ver las sombras proyectadas sobre el camino separadas de los cuerpos que las producían. Pero exclamó:

—Formaremos una línea. ¡Halloway! Usted en el extremo izquierdo y yo en el opuesto. Nuestras armas de fuego serán de esta forma mucho más eficaces.

—En el centro, Rodríguez. Decio, Ramahé y vos, sir Malcolm, a los lados de Rodríguez. — Luego su voz se dulcificó un tanto dirigiéndose a Lotta —: Tú, detrás de nosotros.

Lo miró ella, sonriéndole dulcemente y Fernando no pudo evitar el oprimir su manecita suavemente. Luego se dirigió hacia su puesto de combate, revisando el cargador de su ametralladora, mirando hacia aquellos coches, a tan poca distancia que ya se veían sus ocupantes en el interior de los mismos, pero antes de que diera dos pasos, retrocedió al oír un brusco grito de la mujer que le hizo volver la cabeza, asombrándole infinito el hecho de que se abriera una puerta en el edificio que tenían tras sí.

Mas le asombró aún un hombre de edad, indicada claramente por su barba blanca que le caía abundante hasta el pecho y que dijo solamente:

—¡Pasad!

No se hicieron de rogar los siete compañeros. El aspecto del anciano les infundió confianza y volvieron grupas a toda prisa, casi con el enemigo encima. Antes de que se cerrara la puerta, Femando tuvo la visión de que aquellos coches se empequeñecían en la distancia. La carretera se quedó sin uno de sus puntos de apoyo y empezó a doblarse, cayendo hacia abajo poco a poco, precipitando en el verde abismo aquellos extraños vehículos y a sus ocupantes. El espectáculo se hizo cada vez más pequeño, más distante y desapareció de repente, corno si no hubiera existido, en medio de una llamarada, un fogonazo tal que Fernando pensó si no habría estallado el sol súbitamente. No tuvo tiempo de confirmar la suposición, porque la puerta aquella ya se había cerrado.

CAPÍTULO IV

Fernando, como sus compañeros, miró asombrado el interior de la amplia estancia en que se encontraban y de cuya existencia no habían tenido la menor sospecha hasta que uno de los muros se había descorrido para dejarles paso. Y en verdad que tenían razón para asombrarse de lo que estaban viendo. Adosada a una de las paredes, construida, como todas, de aquella extraña substancia que parecía vidrio metálico, había algo que a primera vista le recordó a Fernando un teclado de órgano, pero mayor, mucho mayor. No obstante, las teclas no eran las características de dicho instrumento musical, blancas y negras, sino parecidas a las de una máquina de escribir, bien que también mayores, cuadradas y mucho más espaciadas. Estaban

colocadas en varias filas semicirculares, alrededor de un pequeño asiento, un simple taburete, de modo que se pudieran alcanzar fácilmente con la mano o bien con un ligero desplazamiento del asiento, provisto de ruedecillas. Luego, sobre aquella mesa suavemente inclinada, había un rectángulo de unos tres metros de lado aproximadamente, más opaco que el resto de la pared, sobresaliendo unos centímetros de ésta y que a Fernando le recordó una pantalla cinematográfica. Y después, girando la vista en su torno, aparte de unos cuantos muebles, en su mayoría cómodos asientos, vio, en el centro de la habitación, un extraño artefacto, una máquina como nunca había visto en sus veintisiete años de vida y cuya utilidad no supo comprender de momento.

Una plataforma de dos metros de anchura por tres de longitud. Un lecho somero, que más parecía camilla de quirófano y una serie de aros brillantes, como si fueran de cristal, pero multicolores por sí cada uno de ellos y que medirían asimismo unos tres metros de diámetro, saliendo de un poco más adentro de la plataforma cuya superficie se elevaba cincuenta centímetros sobre la del suelo de la estancia. Había bastantes aros, más de una docena, formando como una singular pérgola sobre aquella cama que no tenía patas, sino que era un bloque del mismo metal sobre la plataforma. A continuación, en medio del mayor silencio, sin que nadie hubiera dicho una palabra, giró y dirigió su vista hacia el hombre que tan oportunamente había acudido en su salvación.

Era de notable estatura, aumentada por un efecto óptico a causa de su extremada delgadez, encubierta por una túnica que parecía hecha del rarísimo metal de que estaban hechas las paredes y aquella extraña maquinaria. Pero sus ojos vivaces, su larga barba blanca, su nariz ligeramente aguileña, su tranquilizadora sonrisa, llevaron al ánimo de Fernando, así como al del resto de sus compañeros, la convicción de que aquel hombre no podía hacerles nada malo y que si los había llevado hasta allí era precisamente para evitarles todo daño. Fernando sintió una mano en la suya y volviéndose un tanto sonrió a Lotta, que, instintivamente, se le había aproximado. Luego volvió a mirar al hombre y le habló, inquiriendo:

—¿Quién es usted?

Sonrió comprensivamente el anciano al replicar agitando levemente una mano:

—Mi nombre no os diría nada. Quedaríais igual que estabais ahora. Pero si lo deseáis, llamadme Hor. Ese fue uno de mis nombres en el

pasado.

—¿En el pasado? —repitió, incrédulo, Femando—. No le entiendo bien.

Hor hizo un amplio ademán con las manos. Su voz era suave, baja de tono, pero agradablemente persuasiva:

—Sentaos. Será mejor que me escuchéis cómodamente.

Antes de obedecer, Fernando tuvo que hacer una objeción:

—¿Cómo puede decirnos eso cuando dentro de poco vendrán esos soldados contra los que ya hemos luchado a matarnos?

—No. No vendrán. Eso ocurrió ayer — fue la extraña contestación de Hor.

—¿Ayer? —inquirieron varios, como Fernando, sin comprender nada.

—Sentaos, por favor —insistió Hor—. Os lo explicaré si me dejáis hacerlo. Ya no estáis a diez minutos de aquellos hombres, sino a un día de distancia. Tanto como si estuvierais a diez mil kilómetros. Lo mismo os daría. No os podrían hacer el menor daño.

Los seis hombres y la muchacha le obedecieron, dispersándose por los asientos.

—Ninguno de vosotros estáis muerto. Al contrario. Vivos y bien vivos, arrancados a una muerte que todos teníais segura. Pero os saqué de sus garras, no salvándoos de los enemigos que iban a acabar con vosotros, sino trasladándoos en el Tiempo, a través de las edades hasta llegar a ésta en que nos hallamos. En un segundo viajasteis a través de los siglos merced al “Trans-Spactor”.

—¿El “Trans-Spactor”? —repitió, estupefacto, Fernando—. ¿Qué es eso?

—Algunos lo llamarían la Máquina del Tiempo. Yo lo bauticé así y debo confesar que estas pruebas con hombres que no hayan sido otro que yo han resultado altamente satisfactorias. Por fin he tenido pleno éxito.

—No lo entiendo —dijo Fernando.

—Para probar mi máquina necesitaba de seres como vosotros, en inminente peligro de muerte. No podía hacerlo con seres que se

hallaban en situaciones normales, ya que el fracaso les hubiera acarreado su muerte indefectible. En vuestro caso, de no haberme resultado bien el experimento, no perdía nada, ya que en unos minutos, todos estabais destinados a morir.

Las palabras de Hor eran sensacionales, e hizo que los que le escuchaban, sin comprenderle todavía, se mirasen unos a otros, como interrogándose con la mirada. Hor comprendió lo que pasaba, y fue a abrir la boca, pero antes se le anticipó Fernando, que parecía haber tomado la voz cantante en representación de sus, como él, atónitos compañeros.

—Dice usted que nos ha trasladado a través del Tiempo. No lo acabo de entender bien, pero ¿significa eso que nos hallamos fuera de nuestras respectivas épocas?

—Exacto —repuso Hor—. Os halláis en el año 1.000.000 de nuestra era. Digo un millón para redondear la cifra. Cien más, cien menos, no tienen la menor importancia.

—¡Un millón de años! — repitió, estupefacto, Fernando, oprimiendo, instintivamente, sin darse cuenta de su acción, la mano de Lotta —. ¡Es absurdo!

—¿Absurdo? — repitió Hor, con una leve sonrisa—. Absurdo, pero ciertamente verídico. Tú vivías en el año 1953 y ahora has viajado, en unos segundos, un millón de años hacia adelante. Y a los demás les ha ocurrido lo mismo. Todo eso lo hice con el "Trans-Spactor". Pero me ha costado siglos de trabajos y experimentos hasta que por fin lo conseguí.

Fernando miró a Hor y lo miró de una rara manera. Aquel anciano no podía estar en su sano juicio. Aquel hombre no podía raciocinar claramente. Con toda seguridad se trataba de un perturbado mental que, por misteriosos medios los había llevado hasta allí, vistiendo de época a sus compañeros, previamente de acuerdo con él para el desempeño de la comedia que estaba presenciando.

—No estoy loco. Lo estuve hasta que conseguí esta máquina. Hasta que conseguí que funcionara como es debido. Y vosotros sois la prueba viviente de cuanto digo. Siete personas de distintas edades, arrancadas a la que pertenecen y proyectadas hacia adelante, hacia su Futuro, que es éste en que nos encontramos: en el año 1.000.000 de la existencia de la Tierra.

Súbitamente la luz se hizo en el cerebro de Fernando. Si lo que decía

aquel sabio, aquel hombre que estaba en pie frente a ellos, era verdad...

—¡Entonces!... ¡No... no puede ser!... —exclamó, cada vez más asombrado—. ¡Usted... usted ha logrado dominar... la Cuarta Dimensión! ¡Ha logrado dominar el Tiempo!

—En cierto modo así es — repuso Hor —. Largo ha sido el camino recorrido, pero al fin llegué a la meta que era buscar un universo hipereuclidiano. Un universo en el que hubiera más de tres dimensiones. Un universo en el que no se viviera reducido a las tres corrientes límites de longitud, anchura y profundidad. Faltaba el Tiempo y con esto — hizo Hor un amplio ademán con la mano — lo he conseguido.

—¿Estamos en la Tierra? —preguntó alguien.

Sí. No he creído oportuno salir de ella. Con el "Trans-Spactor" lo hubiera podido hacer fácilmente sin recurrir a naves espaciales como se hace corrientemente ahora, aunque sería largo de explicar. Por ahora me he reducido a operar en nuestro planeta. Y ya es bastante, no creáis — sonrió finalmente Hor.

—Hombre—dijo Fernando — : la verdad, si es cierto eso que usted dice, Hor, es que me gustaría ver la Tierra al cabo de un millón de años. Debe tener un aspecto muy curioso.

—Cierto — repuso Hor —: el aspecto que ofrece un planeta en decadencia. Un planeta próximo a su desaparición. Claro es que ésta puede tardar todavía unos cuantos millares de años, muy pocos, pero ya la Tierra puede considerarse como un astro próximo a su destrucción. Pronto quedará igual que la Luna en vuestras épocas: un mundo muerto, desierto, deshabitado.

—¿La Luna? ¿Es que ya no existe? —preguntó Lotta esta vez, deduciéndolo de las palabras de Hor.

—No. Merced al esfuerzo de los hombres, cuando empezó la era de las exploraciones siderales, llegó a ser habitable. Incluso se la llegó a dotar de atmósfera. Pero la ambición humana es insaciable y en una de las innumerables guerras interplanetarias fue destruida totalmente por un solo proyectil de incalculable potencia, destinado a la Tierra y que en última instancia se desvió o lo hicieron desviarse de su trayectoria. Ahora, nuestro satélite no es más que un conjunto de infinitesimales partículas que poco a poco van cayendo sobre la superficie del planeta.

—¿En qué parte de la Tierra estamos?—preguntó Fernando, recibiendo una desconcertante respuesta.

—En el Polo Norte. Este y el otro, en una reducida extensión, son los únicos lugares habitables de nuestro globo.

—Pero... ¡si estaba cubierto de una selva espesísima! ¡Si no había la menor traza de hielo! — objetó Fernando.

—¿No os he dicho que está próxima a su desaparición? — sonrió Hor —. El Sol está aumentando la temperatura de su núcleo paulatinamente. Tanto es así, que ya no existen zonas tropicales ni templadas. Ahora son solamente desiertos áridos, calcinados. Pronto estallará el núcleo solar, y nuestro astro Rey se convertirá en una estrella "nova" de incalculable fulgor que hará arder todo el sistema planetario, destruyéndolo en pocos momentos. ¿Cuándo ocurrirá eso? Este es el enigma que todavía no hemos logrado descifrar. Pero los síntomas son exactos, indubitables, irrebatibles. Es, además, la consecuencia lógica de las Leyes Divinas que rigen la vida de los mundos del Universo.

—¿No... no lo puede saber usted? Con esa máquina podría averiguar el momento exacto — Fernando.

—No — movió lentamente la cabeza Hor—: no me atrevo a hacerlo. No me atrevo a anticiparme a trasladarme más adelante en el Futuro. Podría hallarme en medio de la deflagración y ser destruido en una fracción de segundo. Estoy en el límite máximo de seguridad. Y ahora, contestando a tu pregunta, verás la Tierra tal como es hoy.

Hor se volvió sobre el teclado y movió su mano derecha un momento, y al instante se iluminó aquella pantalla en la que apareció un globo que la llenaba totalmente. Una esfera de color rojizo, excepto en sus extremos superior e inferior que aparecían, en una diminuta extensión, comparada con la del globo, teñidos de intenso color verde.

—Esos hoyos son resultado de la explosión de gigantescas bombas que arrasaron naciones enteras con su solo estallido en la última guerra que la locura de los hombres desencadenó — explicóse Hor.

—¿Y los que nos atacaron? —objetó Rodríguez—. ¿Quiénes son y por qué deseaban nuestra muerte?

—Eso es —le apoyó Fernando—. Si estamos en el año 1.000.000, ¿por qué iban vestidos de una manera tan rara y por qué, a pesar de la supercivilización que lógicamente debe existir, iban armados

solamente con espadas?

—La explicación es bien sencilla. Al menos para mí, que estoy enterado de todo —dijo Hor—. La civilización debiera ser adelantadísima, de no haber sido por las guerras de destrucción casi total que hicieron retroceder al hombre a la barbarie de los tiempos primitivos. Ahora, de aquellas máquinas, de aquellos maravillosos inventos no queda nada apenas. La existencia en este aspecto es muy precaria.

—Sin embargo, la ciudad que vimos está suspendida en el aire —dijo Fernando—. Y los coches en que venían hacia nosotros, no iban tirados precisamente por caballos.

—Eso es obra mía — contestó Hor —. Pero no quise darles armas. Únicamente me limité a hacerles algunos favores en este sentido.

—¿Y los motivos de su ataque?

—Tienen un rey, Horwëd, que sabe lo que espera a la Humanidad, es decir, a los escasos restos que quedaron en el planeta sin poderse marchar a otros habitables, y ha tratado continuamente de hacer que yo le enviara fuera de la Tierra. Ellos no tienen naves especiales. Quizá pensaron que vosotros veníais a arrebatarme de él. Como si no supiera que puedo evadirme de su época en cualquier momento.

—Sí. Pero usted podía hacer algo por salvarlos — volvió nuevamente a objetar Fernando—. Sobre todo si están destinados a una segura destrucción.

—Desde luego, Pero el fin del mundo no lo conocerán ellos todavía. Estando próximo, puede estar, sin embargo, demasiado lejos para ellos. Y yo no puedo inmiscuirme en lo que así está ordenado. Desapareció la imagen de la Tierra de la pantalla, y Fernando, callado, reflexionó, en tanto sus compañeros hablaban excitadamente entre sí, acerca de las increíbles palabras que habían escuchado. Ahora quedaba un aspecto de la cuestión que no había sido tocado.

—¿Qué piensa hacer con nosotros, Hor? ¿Dejarnos aquí, fuera de nuestra edad, o devolvernos a ella?

—Con esto he conseguido dominar el Tiempo — fue la contestación del interpelado.

—Ahora os devolveré a vuestras respectivas épocas.

Un coro de protestas se alzó de todos los circunstantes:

—¡Será nuestra muerte segura!

—¡Nos matarán!

—¡Yo no quiero morir en la hoguera!

—¡Un momento, por favor! —pidió Hor, alzando ambas manos —. Os empeño mi palabra de que, a pesar de la situación tan apurada en que os halláis, no os ocurrirá el menor daño. Bastará con hacer una sola cosa.

—¿Cuál? —fue la unísona interrogante.

—Devolveros a vuestra edad, pero unos minutos más tarde. Así los que os atacaban, al ver el relámpago, al oír el trueno, creerán que desaparecisteis misteriosamente y ya no se preocuparán de vosotros.

Se miraron unos a otros y Rodríguez fue el primero en hablar y, desde luego, fanfarroneando un poco:

—Es lo más acertado. Si mi Emperador me echa en falta, montará en cólera y se dará a todos los diablos. Pondrá perdido a mi coronel por haber consentido que esos luteranos hijos del diablo me mataran — y se atusó el bigote satisfecho de sí mismo, lo que motivó una sonrisa de sus compañeros, excepto en el caso de Fernando que, conociendo la Historia, soltó una franca carcajada.

—Bien —dijo Hor —. Puesto que, para mí, el experimento ha terminado, y terminado satisfactoriamente, lo mejor será empezar por Ramahé. Él fue el primero en llegar y debe ser el primero en partir.

—No me hace gracia eso — gruñó el egipcio, que no las tenía todas consigo a pesar de las seguridades que le ofrecían—. La verdad es que, a juzgar por lo que vi, de los ejércitos de mi Faraón no debe quedar a estas horas el menor rastro, y me parece un poco fuerte eso de que yo sea el único superviviente.

—Pues lo serás. Yo te lo digo — exclamó Hor poniendo seguridad en su acento.

Ramahé miró a sus compañeros y se dispuso a la prueba, resignado:

—¿Qué debo hacer? — preguntó. —Yo te lo diré — le contestó Hor, pero antes de que siguiera adelante, sufrió una interrupción.

—¿No sería lo mejor hacernos una demostración colectiva de que se puede viajar a través del Tiempo con ese artefacto? — dijo Fernando, que como Ramahé estaba intranquilo y aún, a pesar de las palabras de Hor, no sabía si estaba vivo o muerto, puesto que había nacido en una época en que tales cosas se reputaban imposibles.

—Alguien dijo una vez: “Hombre de poca fe”. Yo te lo repito. ¿No has visto cómo desaparecieron vuestros atacantes? — dijo Hor.

—¡Hum! — replicó dubitativo Fernando—. Vimos que se alejaban, lo que da idea de que esto se mueve, pero nada más. Todavía, y espero que también por lo que respecta a mis compañeros, no estoy convencido del todo. En cualquier momento me despertaré en un hospital, y prisionero por añadidura.

—Está bien — replicó Hor —. Si os hago una prueba, ¿quedaréis convencidos?

—Por mi parte, sí, pero me gustaría saber por qué no nos deja usted donde estamos. Esos bosques tienen un aspecto muy atractivo — y al decir esto, Fernando miró a Lotta que le correspondió sonriendo, y prosiguió —: Y por lo que a mí se refiere, malditas las ganas que tengo de volver allí.

—No puedo dejaros en el Futuro. Indefectiblemente debéis volver a vuestras edades. Podríais sufrir graves trastornos.

—Hasta ahora no los hemos sufrido.

—Lleváis poco tiempo todavía. Temo que… — pero Hor se calló, ocultando lo que pensaba y exclamó de repente —: Vamos a hacer esa prueba. Quiero convenceros ya definitivamente de que con esta máquina manejo el Tiempo a mi antojo.

Y Hor se volvió de espaldas, moviéndose entre el teclado ante la ansiedad de los siete compañeros.

CAPITULO V

El sargento Gilles Durand estaba agazapado en el fondo de aquel hoyo

que había sido primitivamente una trinchera construida con arreglo a la más perfecta técnica guerrera. Agazapado, junto a un montón de derruidos sacos terreros y al lado del “poilu”[1] Pierre Girac, masticando despaciosamente la ya congelada comida que les habían servido, fríos por completo los pies, subidos los cuellos de los embarrados capotes y gruñendo y echando pestes de la guerra y de los alemanes que la habían provocado.

—¡No son los alemanes! —-dijo Durand, entre bocado y bocado —. Es su emperador, ese Guillermo a quien Dios confunda.

—No me interesa si es su emperador o son los “boches”. De cualquiera de las dos formas yo estoy aquí, en lugar de estar en mi casa, en el horno de pan, bien calentito, y no teniendo que soportar este frío y este agua que, a no tardar mucho, se va a convertir en nieve —masculló Girac con la boca llena de rancho.

El sargento soltó una enérgica interjección y luego se sacó algo interminable de la boca, algo que no parecía tener fin, un trozo de cuerda que arrojó al barro del hoyo, junto con un escupitajo:

—¡Malditos cocineros! — refunfuñó—. En cuanto eche la vista a uno de ellos...

El sargento no pudo decir lo que iba a hacer con los que tenían la culpa de haber echado en la comida medio saco, sin duda para aumentar su poder nutritivo, porque su subordinado le interrumpió:

—¡Cuidado! ¡Ahí viene una “marmita”! — y acto seguido, imitado por el sargento, se abrazó con todas sus fuerzas a la madre tierra.

Un sonido como el de un tren expreso a toda velocidad se dejó oír. Potente, profundo, llenando con sus ondas el ámbito en que se encontraba la pareja y luego, con un bufido, cesó aquel ruido para convertirse en otro infinitamente mayor, que hirió agudísimamente los ojos de los dos hombres, tras la llamarada y la nube de humo y barro que salió proyectada hacia lo alto, haciendo trepidar intensamente el suelo:

—Un 420 austríaco — exclamó Gilles Durand.

—No. Un 380 de Su Majestad Guillermo II —desvirtuó Girac.

—Es igual. Ha caído bastante lejos, pero si se nos llega a acertar un poco más, tú y yo tenemos que seguir la discusión en el otro mundo, muchacho.

Cuando pasó la ráfaga de granadas de todos los calibres alemanes, que empezaban en el 105 y terminaban en el 420, Durand gruñó:

—¡No se les acaban a estos “boches” las municiones...! — y de repente se calló extático, abriendo los ojos desmesuradamente, lo que hizo que Girac mirara en la dirección en la que el sargento tenía fija la vista, como hipnotizado.

—¡Santo Dios! — exclamó el uno.

—¡Por todos los Santos del Cielo! — dijo el otro, y el sargento fue el primero en añadir algo más.

—Girac, hijo mío, dime si ves lo que veo yo.

—No sé lo que verá usted, mi sargento, pero le juro por mi mujer y mis hijos, que son la cosa que más quiero en este mundo, que todavía no he probado mi ración de aguardiente — contestó el soldado, con un hilillo de voz saliéndole de la garganta en forma apenas audible.

—Estoy en tus condiciones. Me lo estaba guardando para después de la comida, pero estoy viendo que voy a tener que beber ahora mismo, o perderé el conocimiento, cosa que no han logrado esos malditos “boches” — replicó Durand y, asiendo la cantimplora que tenía al Iado, la destapó, echando un interminable trago, sin protestar, cuando terminó, por el hecho de que un soldado se atreviera a tomársela y acabar, de otro golpe similar, con el alcohol que había en el interior del recipiente.

—¡Mira, Girac! ¡Y no le ha hecho nada!

La granada debía ser de pequeño calibre porque reventó estruendosamente contra aquella extraña construcción metálica que resplandecía como si estuviera iluminada interiormente, sin hacerle el menor daño posible. Y antes de que los dos combatientes se recuperaran de su sorpresa, se abrió uno de los lados de aquel cubo de metal, y una serie de extrañísimas figuras apareció allí, lo que hizo que el sargento Durand se frotara los ojos hasta casi sacárselos por el cogote.

—¡Santo Dios! — volvió a exclamar estupefacto, quedándose sin aliento—. ¡Santo Dios! — volvió a repetir—. Girac, yo debo estar muerto.

—En tal caso, yo lo estoy también, mi sargento.

Fernando y sus compañeros no vieron, al principio, a los dos “poilus” agazapados en aquel hoyo. Únicamente el primero se volvió hacia Hor y le dijo:

—¿Dónde nos ha traído usted?

—Al año 1916. Y si no me equivoco, estamos en medio de la batalla de Verdún.

—¿De Ver...? Oiga, Hor, si esto es broma, puede pasar. Pero la verdad es que el escenario está demasiado bien imitado y los “extras” aquellos —Durand y Girac ya se habían hecho un tanto visibles— muy bien caracterizados.

—No hay nada de eso, Fernando. Es la pura verdad.

Que era la pura verdad se lo demostró un diluvio de granadas que le obligaron a zambullirse en el suelo, dentro de un embudo, lleno de agua y barro, arrastrando consigo a Lotta que no se separaba de su mano. Durante unos minutos, soportaron los dos aquel infierno de estallidos, llamaradas, silbidos de los cascos de granada al ser despedidos por

la fuerza de la explosión, y cuando aquello cedió un tanto, Fernando, pálido todavía, miró a Lotta, diciéndola:

—Lo siento. Para mí no es nuevo y estoy acostumbrado, pero para ti...

Ella estaba muchísimo más pálida aún, pero no temblaba. Sin duda alguna la proximidad del hombre la infundía valor ante lo que ella creía fuerzas desatadas del averno, y lo único que hizo fue, arrastrándose un poco, acurrucarse contra él, sintiéndose más segura al verse rodeados los hombros por el brazo de Fernando, sonriéndole a continuación.

—A tu lado no tengo miedo, Fernando — le dijo dulcemente, con una mirada que caló en lo más hondo del espíritu del muchacho y que le hizo sentirse, como cada vez que notaba los ojos de ella fijos de aquella forma en los suyos, un tanto inquieto y desasosegado.

—Gracias — repuso Fernando —. Pero debemos volver a esa casa. Aquí no estamos seguros — y tomándola de la mano se puso en pie, echándose a reír al ver el aspecto de la muchacha, llena de barro, risa que se cortó en seco al ver que el edificio aquel que los había traído hasta allí había desaparecido súbitamente.

—¿Eh? ¿Qué ha sido eso? — gritó Fernando, y poniéndose en pie, fuera de la protección del embudo, miró en todas direcciones, sin ver nada, sin ver otra cosa que un desolador panorama de hoyos de granada, árboles reducidos a la condición de troncos sin hojas, nieve en algunos sitios, alambradas destrozadas, restos de trincheras, sin ver

otra cosa que el horrible espectáculo de un campo de batalla barrido, machacado literalmente por el martilleo de la artillería imperial. Luego se dejó caer desalentado en el hoyo, junto a Lotta que lo miró interrogadoramente y contestó a la muda súplica de la muchacha: —¡Se han marchado! ¡Nos hemos quedado solos, Lotta!

Si esperaba que ella sufriera una decepción, fue él quien se la llevó, porque Lotta le cogió una de sus manos y le dijo suavemente:

—No me importa, Fernando. Poco tiempo hace que te conozco y sé que mi suerte, al lado de la tuya, no puede ser peor de la que tenía reservada en Maächen, en la hoguera.

Le sonrió él con ternura, inquiriendo, en tanto sonaba el fragor de la batalla por encima de sus cabezas, absortos, sin darse apenas cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

—Por cierto que no te he preguntado por qué te condenaron a muerte. ¿Qué motivos tenían para acusarte de brujería, Lotta?

—Sanaba a los enfermos, sin medicinas. Fernando. No sé qué extraño poder tengo, pero a veces, la mayoría, me bastaba ponerles la mano encima de las ardorosas frentes y mirarles intensamente al fondo de sus pupilas, haciéndoles pensar que debían desear intensamente su curación. Y en gran parte de las ocasiones así ocurría. Muchas veces me he preguntado si mis jueces no tendrían razón, si, sin yo saberlo, quizá dormida, habría establecido algún siniestro pacto con Luzbel; pero otras veces pensaba que eso no podía ocurrir, que era un don divino, concedido por el Señor para aliviar a los dolientes.

—Es esto, lo último — repuso Fernando — lo más acertado. En nuestros tiempos se le llama sugestión. Tú tienes poderes psíquicos, no me entenderás a lo mejor, poderes de tu mente, de tu cerebro, que te hacen imponer a los de almas más débiles que la tuya. No hay nada de malo en ello, si no se emplea para nada malo, claro está.

—No — protestó vivamente Lotta—. Yo solamente usaba ese poder misterioso que tú llamas sugestión para curar a quien le hacía falta.

Pero en aquel momento unas voces sonaron cerca de ellos:

—¡Eh! ¡Ustedes! ¿Qué hacen ahí?

Arrastrándose por en medio del fango, hundiéndose de vez en cuando en un hoyo cuando alguna explosión sonaba peligrosamente próxima, dos hombres armados, aparecieron súbitamente, echándose de bruces en aquel embudo enorme donde cabían holgadamente los cuatro, ayudados por el reventón de un proyectil de mortero de 210 alemán que cayó a escasos metros, elevando un surtidor de barro hacia lo alto.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Cómo se encuentran aquí, en medio de la batalla?

—¿No sería mejor que se presentaran ustedes antes? — repreguntó Fernando.

Durand y Girac se miraron, y el primero repuso:

—Sargento Gilles Durand, del 43º. Regimiento de Infantería de Línea. Mi compañero es el soldado Pierro Girac, de mi pelotón. Oigan, ¿vinieron de aquella casa de metal que apareció y desapareció casi de repente?

—Sí. Yo soy Femando Almirall — dijo su grado, condición y unidad—, y la muchacha se llama Lotta Reisembach,

—¿Reisembach? —gruñó Durand—. ¿Alemana?

—Sí— contestó ella, serenamente—. De Maächen, en Baviera.

Durand y Girac se miraron y luego se encogieron ante otra explosión cercana, y el primero preguntó:

—¿Qué hacen aquí? ¿Quién les ha enviado?

—¿Enviado? —se echó a reír Fernando—. Nadie. Nosotros venimos del año 1.000.000, aunque en realidad no pertenecemos a él. Yo vivía en el 1953 y Lotta...

—En el 1398 —contestó ella.

Si Fernando esperaba convencer a los dos franceses, se llevó un desengaño, porque Durand les contestó sarcásticamente:

—Vamos, vamos, *mes amis*, ¿Esperan ustedes que me trague yo esa bola, más grande que una del 420? ¿Es que no saben que están en el año 1914, en la cota 218? El Hombre Muerto se le llama en la región.

—No me venga usted ahora con explicaciones, sargento Durand, porque ya sé que estamos en el campo atrincherado de Verdún, en el Mosa, y lo que ocurrió. También sé que esta batalla acabará con el mes de marzo de este año y que, a la larga, ustedes resistirán y que Verdún no será tomado. Yo lo que quiero es convencerle a usted de que nosotros dos no somos seres de esta época. Yo pertenezco a una que tiene que llegar todavía y Lotta a otra que ya pasó —fue la prolija explicación de Fernando.

Entre granada y granada, Durand dio con el codo a su compañero y le guiñó el ojo:

—¡*Hélas*, Girad! Fíjate en estos dos malditos spionnes de los alemanes. ¿No te parece que podían haber empleado otra argucia para disimular sus intenciones?

—Desde luego, mi sargento —dijo el "poilu"—.

Pero no se creerán que se van a ir de rositas, así como así. Es probable que nosotros nos quedemos aquí, pero será en grata compañía. —Al decir esto, el soldado montó rápidamente su "Lebel", encañonando a Fernando, que dándose cuenta del peligro quiso reaccionar, pero más rápido que él fue el ademán de Durand, que desvió la boca del arma encarada hacia el rostro de la muchacha en el preciso momento en que Girac oprimía el disparador y la bala se perdió a lo lejos, confundiéndose la detonación con el grito de Lotta, asustadísima, y la violenta imprecación de Fernando, en tanto que el sargento gritaba:

—¡Eso no, idiota! Los llevaremos vivitos y coleando al puesto de mando —y Durand se acarició la manga del capote, viendo ya unos imaginarios galones —. A mí me ascenderán y a ti te darán una recompensa. Los dos seremos citados en la orden del día. Es mejor…

Durand no llegó a concluir la frase que intentaba pronunciar. Fernando se daba cuenta de lo que les iba a ocurrir y que nadie les creería una sola palabra de cuanto dijeran. Iba a ser demasiado fantástico el cuento para todo el mundo: empezando por aquellos dos franceses que estaban con ellos en el mismo embudo y que, lógicamente, pensaban y estaban convencidos de hallarse ante dos agentes enemigos, hasta el *Deuxiéme Bureau*, que no se tragaría esa fábula y que luego los entregaría a un consejo de guerra, cuyo final era previsible: una pareja de postes en los fosos de Vincennes y él y Lotta atados, recibiendo la descarga de sendos pelotones de *tirailleurs*. No. En tanto dependiera de él, su final no sería éste y por eso, aprovechando la distracción en que la mismísima garrullería del

sargento le hacía caer, hablando sin cesar, le interrumpió el discurso de un magnífico derechazo a la mandíbula que lo derribó de espaldas, agitando sus pies, dobles de tamaño a causa del fango que llenaba sus pesadas botas.

—¡Malditos...! —gritó Girac, y apresuradamente intentó recargar el arma, moviendo el cerrojo, pero sólo pudo tirar del mismo hacia atrás, porque Fernando, asiendo el fusil por el cañón, se lo arrebató antes de que el soldado, sorprendido, pudiera impedirlo y luego volvió a disparar su puño hacia adelante, encontrando una barbilla en su camino que crujió ominosamente, haciendo que los ojos del soldado girasen varias veces, enseñando el blanco de sus globos antes de cerrarlos definitivamente, sumiéndose en la inconsciencia.

—¡Vámonos de aquí, Lotta! —exclamó Fernando, tomándola de la mano, queriendo aprovechar la ocasión, tanto por estar ambos franceses fuera de combate, como por haber un momento de calma en la batalla; pero apenas había pronunciado las palabras cuando tuvo que echarse al suelo, tratando de proteger a la muchacha con su brazo.

El bombardeo se había reanudado nuevamente, de un solo golpe, como si los millares de piezas alemanas hubieran recibido una simultánea orden para disparar. En pocos minutos aquello fue un diluvio de fuego y hierro, una detonación continua que martilleaba los tímpanos y los cerebros horriblemente, haciendo temblar oprobiosamente las paredes de las cajas torácicas de ambos con la violencia de los gases liberados súbitamente de sus cárceles metálicas.

Fernando cerró los ojos, sintiéndose atontado por aquello que estaba padeciendo, superior incluso a las preparaciones artilleras del Viet-Minh, dados los mayores calibres de las piezas imperiales. Toda la atmósfera estaba convertida en un silbido, en una sola detonación, y la vista no alcanzaba más de una docena de metros, porque el humo lo ocultaba todo. Oprimió con fuerza los hombros de Lotta y pensó morir allí.

Sintió un movimiento a su lado y vio a los dos franceses ya recobrado el conocimiento, lívidos, espantados, sin pensar en otra cosa que no fuera su propia salvación, difícil en aquel trance. Y de repente, el sargento Durand enloqueció y saltó fuera de aquel refugio y su locura se le contagió al soldado.

Fernando quiso detenerlos, indicarles que fuera del refugio estaba la muerte, e incluso, arrojándose hacia adelante, gritando sin ser oído en

aquel infierno de ruidos, pareciendo que abría la boca en muda mímica, asió una pierna, no supo de quién, pero su propietario le rechazó con la otra, dándole en un lado del rostro y derribándole de espaldas, lo que hizo que Lotta se precipitara en su socorro.

No lo necesitó Fernando, sin embargo, y, lanzándose al borde del cónico hoyo, gritó tratando de llamar a los dos franceses, pero fue inútil, porque no le oyeron, y aunque le hubieran oído, en aquel momento, como dos humanas briznas fueron aventados por un ciclón de acero, fuego y hierro que en rugiente cráter se abrió a sus pies, a veinte metros escasos de aquél en donde estaban Fernando y Lotta, envolviéndoles en sus ardientes brazos y consumiéndolos en un instante.

Largo rato permanecieron allí los dos, abrazados estrechamente, soportando aquel vendaval de muerte, quedando semienterrados en más de una ocasión por la explosión de alguna granada demasiado próxima, y de repente, cuando el bombardeo parecía haber alcanzado el grado máximo de la curva, se detuvo, haciendo tanto daño a los oídos de ambos el inesperado silencio, como aquel horrísono e ininterrumpido trueno.

Fernando comprendió que la preparación artillera debía haber cesado ya y que el asalto de la infantería alemana sería cuestión de escasos segundos, por lo que, con precauciones, volvió a asomarse al borde del embudo y al pie de la altura vio primero unos puntitos grises destacando sobre la escasa capa de nieve que cubría el suelo. Luego aquellos puntos se convirtieron en una masa del mismo color y desde doscientos metros de distancia le llegaron, en alas del frío viento de la mañana, las conocidas notas del “Wacht am Rrein”, entonado a coro por la tropa germana, que comenzó su avance a paso de carga hacia la posición del Hombre Muerto.

Rompiendo el silencio, una ametralladora tableteó y su sonido, en contraposición con el grave del bombardeo, restalló agudamente. Otra y otra, en rápida sucesión, se le unieron y Fernando pensó qué milagro sería aquel que permitía salir defensores de donde no habla otra cosa que tierra arada por la metralla. Y al mismo tiempo, acompañando a las ametralladoras, el 75 francés, el célebre 75, rompió el fuego y sus primeros proyectiles reventaron entre las nutridísimas filas de los soldados atacantes que, cubriendo al momento los claros, como si estuvieran en un ejercicio de maniobras y no en la más violenta batalla de la I Guerra Mundial, continuaron su metódico e impertérrito avance.

Todo esto lo veía Fernando con ojos extraviados, pensando un modo de salir de allí sin poder encontrar la solución.

El tiroteo de los defensores que parecían brotar de debajo de la tierra era ya vivísimo. Los disparos de fusil se confundían con el incesante crepitar de las ametralladoras, en tanto que el 75 de campaña, demasiado cercanos ya los atacantes de las líneas propias y después de haber causado estragos entre los alemanes, había tenido que callar por no herir a las fuerzas propias. Los alemanes caían a racimos, pero los compañeros que venían detrás saltaban por encima de los muertos, de los heridos que gemían y se agarraban a las piernas de los que todavía tenían vida en un inútil intento de conservar la suya, y continuaban impertérritos su avance, para caer un metro más adelante y ser pisoteados a su vez. Ya se oían las voces, las roncas voces de los oficiales dando órdenes, los lamentos de los que caían, las imprecaciones de los que continuaban avanzando; ya se les veían los rostros claramente, lívidos, espantosamente demacrados, en trágicas y horripilantes muecas que denotaban la furia o el temor de que estaban poseídos y que, a su pesar, dominaban férreamente. Y luego, las ametralladoras y los fusiles callaron repentinamente y el suelo se pobló de hombres saliendo de sus posiciones, con el fusil armado de bayoneta en ristre, en tanto que sus oficiales avanzaban pistola en mano. Los dos bandos estaban ya a menos de veinte metros de distancia y unos y otros cargaron en el embate final.

Femando estaba como hipnotizado. Ya no se daba cuenta de lo que les podía ocurrir. Sabía que estaba presenciando historia, historia pura, y hasta había olvidado que tenía a Lotta a su lado, a pesar de que oprimía una de las manos de la muchacha, que en el momento en que los franceses y los alemanes iban a chocar, exclamó:

—¡Allí, Fernando! ¡Mira! ¡Estamos salvados!

CAPITULO VI

La escena de la batalla se borró ante los ojos de Fernando y Lotta en medio de un deslumbrador fogonazo, y cuando se pasó, el primero se volvió hacia Hor, sin reparar en los sonrientes rostros de sus compañeros:

—¿Qué es lo que ha ocurrido? Nos dejaron abandonados en mitad del campo de batalla y hemos pasado unas horas bastante amargas, a decir verdad.

Decio se adelantó, disculpándose:

—Lo siento. Te ruego, os ruego me perdonéis, Fernando, Lotta, Pero me asusté al oír el fogonazo y el ruido y eché a correr hacia el interior, tratando de refugiarme. Resbalé en el suelo y fui a parar ahí —señaló hacia el teclado de la máquina.

—Las movió un poco y desaparecimos de repente. Fuimos a parar a cien mil años de distancia — terció Hor—, pero por fortuna fueron unos segundos tan sólo. En seguida hice retroceder al “Trans-Spactor” y corrimos a auxiliaros.

—¿Unos segundos tan sólo? — dijo extrañado Fernando —. Pero si nos hemos pasado al menos cinco o seis horas en medio de la batalla de Verdún. Incluso hubo un par de soldados franceses que quisieron detenernos acusándonos de espías.

Sonrió un tanto Hor, al replicar:

—Es natural que mientras que vosotros estabais fuera de la máquina, porque la máquina es todo este edificio, con todo lo que contiene, el tiempo transcurriera normalmente para vosotros. Pero aquí dentro la cosa cambia. La dimensión Tiempo es una cosa relativa dentro del “Trans-Spactor” y no se mide en la forma vulgar en que los hombres lo hacéis sobre la superficie del planeta. Nosotros hemos recorrido doscientos mil años: cien mil de ida y otros tantos de vuelta, en menos de un minuto. Hay que tener en cuenta que tuve que reparar el desastre causado por el involuntario resbalón de Decio.

—Pues mira que si cae de lleno... ¡Los lleva usted hasta el final del mundo, Hor! —comentó Jocosamente Fernando—. ¡Allí se hubieran estrellado todos! Y a propósito, ¿qué es lo que había en esa época de nuestro planeta, Hor?

Meneó éste la cabeza, apesadumbrado:

—¿Qué esperas que haya, continuando el planeta poblado por hombres que sólo viven para la muerte de sus semejantes, Fernando? Una guerra, infinitamente más espantosa que la que tú acabas de presenciar. Una guerra de medio mundo contra el otro medio, total, sin respetar nada, ni los más elementales principios de humanidad.

—Bien, Hor —se adelantó el sargento Halloway, mudo hasta entonces —. ¿Puede usted remediar tal cosa?

—No — denegó el sabio.

—Entonces, lo mejor que puede hacer es echar una manita al general Custer, que está bastante apurado. Usted no podrá detener una guerra así de grande, pero sí una batallita pequeña como esa de Little Big Horn en la que todo lo más habrá tres o cuatro mil hombres entre ambos bandos. Si nos apareciéramos allí de repente, los indios se asustarían y echarían a correr.

— Quisiera convencerte con mis palabras — dijo Hor —pero lo mejor para indicarte que no puedo inmiscuirme en la Historia es demostrártelo prácticamente. ¡Mira!

Hor se volvió hacia el teclado de la máquina y sus dos manos se movieron velozmente sobre las teclas. Apenas había terminado cuando la habitación disminuyó la intensidad lumínica y, en cambio, la pantalla se llenó de luz.

Primeramente aparecieron unos círculos concéntricos, brillantes, de variados y fulgurantes colores. Fueron girando cada vez más velozmente hasta que se confundieron en uno solo que desapareció bruscamente. Y acto seguido apareció allí un lugar harto conocido del sargento Halloway, un escenario que apareció de una manera totalmente distinta a la que él había visto en la realidad, como si aquella pantalla se hubiera convertido en una ventana y los asombrados espectadores estuvieran asomados a ella.

Ya no existía el círculo de jinetes pielrroja que dejara Halloway. Se había cerrado totalmente, ayudados por aquellos refuerzos de los que tan oportunamente le salvara Hor, arrancándole a su edad, y ahora los indios, desmontados, se dedicaban a la macabra tarea de escalpelar a los cadáveres de los soldados, en tanto que su jefe aullaba de gozo, caracoleando en su montura, agitando la enseña del Séptimo de Caballería, hecha un puro jirón.

Halloway palideció. No se podía dudar ante lo que estaba presenciando e instintivamente echó mano a su revólver, alzándolo como si fuera a disparar contra él, pero Fernando le contuvo.

—¡No! ¿No se da cuenta de que está presenciando algo que ya ha ocurrido? ¿Que no está en el campo de batalla?

—¡Déjeme! —gritó furioso Halloway—. No sé dónde estamos, pero me

gustaría meterle una onza de plomo entre ceja y ceja a ese hombre de piel de ladrillo.

—No lo lograrías, Halloway —intervino Hor—. Ahora mismo estás viendo ocurrir, tal como pasó, lo que fue hace unos cuantos cientos de años. No he juzgado conveniente ir a la misma edad. Sería peligroso para todos que el "Trans-Spactor" se materializara allí.

—Está bien — replicó airado aún el sargento, guardándose el revólver en el cinturón—. Pero eso no me convence aún.

Fernando se volvió y miró hacia Lotta, sonriéndole. Ella le correspondió y el muchacho pensó que había tenido suerte con ser un evadido de su tiempo. La muchacha, aún a pesar de su aspecto sucio y desgarrado que todavía no había podido reparar, tenía un aspecto indudablemente atractivo, a lo que contribuía la dulzura de su expresión. Fernando la miró y lamentó infinito, en el fondo de su alma, que estuviera tan próxima la hora de su separación. Eran dos seres de distintas edades y, queriendo o no, debían regresar a ellas.

Ella le puso la mano encima del hombro, sonriéndole tristemente:

—Yo también te comprendo, Fernando. Sé lo que piensas y sé que después de haberme conocido no te gustaría volver a otro sitio que no fueras acompañado por mí, ¿no es cierto? ¿O es presunción vana por mí parte?

Las palabras de Lotta hicieron olvidarse a Fernando de todo cuanto le rodeaba. No vio más que una cosa azul, sus ojos, y le pareció sumirse en el fondo de un lago al contemplarlos. Quedó como extático, mirándola embelesado, sin hablar por no resolver el encanto de aquel instante, sin escuchar siquiera las voces de sus compañeros que hablaban animadamente, sin ver siquiera a Hor que andaba manipulando entre sus aparatos. Sólo veía a Lotta, a la mujer, y se sintió atraído, sugestionado por ella.

Pero de repente algo le sacó de aquel éxtasis. La voz de Hor:

—Es hora de devolveros a vuestras edades, Fernando. Debemos empezar en seguida.

Sacudió éste la cabeza, volviendo en sí de aquella abstracción de la que no hubiera sabido decir con exactitud el tiempo que había permanecido en ella. Miró con expresión ausente a Hor y de repente volvió a la realidad de las cosas. Pasó la mano por el talle de la muchacha, sin que ésta opusiera la menor resistencia, antes al

contrario, sintiéndose íntimamente halagada por aquellos sentimientos que su oponente masculino no se atrevía a confesar, lo cual producía en el ánimo de Lotta un delicioso desasosiego, y a continuación Fernando buceó desesperadamente en su imaginación buscando el medio de prolongar la para él deleitosa situación, hasta que de repente, con una súbita inspiración, creyó hallarlo.

—¡Un momento, Hor! Antes de que empiece a trabajar con nosotros, quisiera hacerle algunas preguntas.

—Tendré mucho gusto en contestártelas, Fernando — repuso amablemente el interpelado.

—Gracias. Entonces, quisiera saber una cosa que me viene machacando la cabeza desde que nos hallamos en esta situación. Todos nosotros hablamos un idioma distinto. Entiendo el inglés de Halloway, pero nada más. ¿Cómo es que, constituyendo entre todos una pequeña Torre de Babel, nos entendemos como si todos nosotros habláramos un mismo idioma?

—Es sencilla la explicación — repuso gravemente Hor —. Tú ves los movimientos de labios de Lotta, de Ramahé y oyes sus palabras habladas en su lenguaje peculiar. Pero tu pensamiento, más rápido que tus oídos, te las traduce en el mismo instante de ser pronunciadas, haciéndote el efecto de que todos hablan español. Halloway piensa que tú hablas el inglés. Decio te oye hablar en latín y así los demás. En realidad, no son vuestros tímpanos y vuestras faringes las que se comunican, sino vuestros cerebros.

—Eso se llama telepatía, si no me equivoco — dijo Fernando, aclarado ya aquel misterio.

—Exacto —le contestó Hor—. Una de mis principales preocupaciones al construir la máquina fue que produjera en los sujetos con quienes experimentara los efectos que en vosotros han tenido aplicación práctica.

—Muy bien. Otra pregunta. ¿Cuántos años tiene usted, Hor? ¿Cómo se las ha apañado para vivir tanto tiempo?

—En realidad, no tengo más edad que la que tendría un hombre de mi aspecto físico —repuso el sabio —. Ahora indico ochenta años. La verdad es que inventé un “Trans-Spactor” rudimentario al cabo de muchísimos años de trabajos y estudios. Pero sólo logré trasladarme más adelante a otra edad más civilizada, pues siempre hay algo que aprender, aunque se sea el hombre más sabio del mundo, y con la

ayuda de nuevos conocimientos logré poco a poco perfeccionar la máquina. Sin embargo, y ya os lo dije, antes de vosotros tuve numerosos fracasos.

—Sí, y usted me recuerda a los médicos de principios de la Edad Moderna, tales como Vasalio y Ambrosio Paré.

Arqueó las cejas inquisitivamente Hor, sin comprender las palabras de Fernando.

—No te entiendo... —murmuró.

—Es fácil. Ellos adquirían sus conocimientos anatómicos diseccionando cadáveres de condenados, muchas veces pagando para que fueran robados del lugar de la ejecución y donde permanecían expuestos para escarmiento del pueblo. Usted hacía lo mismo, a juzgar por sus palabras, pero con presuntos muertos. Instantes antes de que se cumpliera la sentencia que en su destino tenían señalada. A fin de cuentas, si fracasaba, usted no perdía nada y, en cambio, no perjudicaba a personas que todavía tenían largos años de vida por delante, ¿no es eso, Hor?

—Tú lo has dicho, Fernando, Vosotros fuisteis los primeros en salvar la hasta entonces insalvable barrera del Tiempo. Los primeros, aparte de mí, naturalmente, que habéis penetrado en la Cuarta Dimensión.

—Sí, pero cuando volvamos a nuestra edad, no nos creerán —se quejó amargamente Fernando.

—¿Qué os importa eso? —repuso Hor—. Lo único seguro para vosotros es que no moriréis de la muerte que estabais a punto de sufrir. Ignoro cuál será vuestro destino en adelante, pero desde luego no es aquél a cuyas garras os arranqué.

—Un millón de gracias os da vuestro rendido servidor. —Rodríguez; salió de su mutismo y barrió el suelo con la pluma del sombrero. —Así como así, ya tengo ganas de volver a Toledo y ver qué hace mi padre. Ya debe estar viejo y su armería debe ser una pesada carga para él.

—Volveréis, yo os lo aseguro — dijo, sonriente, Hor, y Pedro volvió a repetir la reverencia.

—Bien, y ahora con vuestro permiso — habló Hor — voy a dar los últimos toques al aparato. El golpe que sufrió pudo haberlo averiado y no me gustaría tener un fracaso con vosotros, desplazándoos de vuestro tiempo.

—¿Quieres aguardarme un momento? —pidió Fernando a Lotta, que asintió —. Voy a ver si me queda tabaco en el morral.

—¡Excelente idea, Fernando! —elogió Halloway—. Me gusta más la pipa y encuentro esa hierba que llama usted así un poco floja, pero en estas circunstancias no hay que hacerle muchos ascos.

Fernando se dirigió hacia el lugar en que había dejado el arma y sus dos bolsas de costado y, antes de que se inclinara sobre ella, Ramahé y Decio se le acercaron, haciéndole una serie de preguntas.

Sir Malcolm y Rodríguez se colocaron al lado de Hor, presenciando interesadísimos los manejos del sabio, y en tanto Halloway, imitando al soldado de los Tercios, y como si al igual que éste tuviera poblado en abundancia el labio superior, se atusó un imaginario mostacho y contoneándose se acercó a Lotta que, en pie, esperaba la vuelta de Fernando, el cual continuaba, muy a su pesar, retenido por el egipcio y el romano.

—¡Bonita chica, a fe mía! —exclamó contoneándose y mirándola de una singular manera, de arriba abajo, lo que hizo que Lotta enrojeciera hasta la raíz de los cabellos—. Para ti no te ha ido tan mal el viajecito al futuro que hemos hecho, ¿eh?

Lotta le contestó con una voz en la que vibraba una profunda nota de disgusto, tanto por las palabras como por la incomprensible actitud del yanqui:

—No sé a qué te refieres, Halloway.

—No seas ingenua, palomita. A ti te ha venido bien el que este tipo te arrancara de la hoguera. Además de salvarte el pellejo, ¡bonito pellejo, ciertamente!, te ha proporcionado un amorcito. ¡Lástima que os tengáis que separar por unos cuantos siglos!

—Te ruego me dejes en paz, Fletcher Halloway. Mis sentimientos hacia Fernando son cosa mía y no deben importarte lo más mínimo —le replicó, procurando mantener la serenidad, Lotta, pero nerviosa a pesar suyo, implorando con toda su alma la vuelta de Fernando.

— ¡Vamos, vamos palomita! Pronto nos vamos a separar. Debieras ser un poco más comprensiva con tus amistades, Lotta. A nosotros nos pareció un minuto, pero la realidad es que estuvisteis tú y ese hombre fuera de aquí unas cuantas horas. Y no me vengas a decir que estuvisteis en medio de una batalla.

—Estás lanzándome acusaciones totalmente infundadas, Fletcher —dijo, indignadísima, Lotta—. Eso que insinúas de Fernando y de mí es una vil calumnia y... ¡Oh!... ¡Fernando!... —clamó.

Lotta se interrumpió. En tanto que hablaba, el sargento había echado unas furtivas miradas a su alrededor y vio a todo el mundo distraído: Fernando con Ramahé y Decio, sin lograr del todo meterles en sus cabezas el misterio de lo que les estaba ocurriendo, y el inglés y Rodríguez absortos con las verificaciones que Hor hacía de su máquina, al mismo tiempo que no cesaban de interrogarle. Y decidió que sería delicioso comprobar si los labios de Lotta eran tan jugosos como prometían, por lo que, antes de que ella tuviera tiempo de reaccionar, la había asido por una mano y acercándosela a él bruscamente, con violencia, impidiéndola todo movimiento. No obstante, y antes de que los labios del sargento se aplastasen contra los suyos, la muchacha había tenido tiempo de pronunciar el nombre del hombre por quien se inclinaban sus sentimientos y éste se volvió con rapidez a tiempo de presenciar la escena.

En dos saltos estuvo al lado del sargento. Con un tirón de su guerrera lo apartó a un lado, separándolo de Lotta, y luego, antes de que el yanqui reaccionara, todavía sin recuperar el equilibrio pendido a medias, el puño de Fernando, impulsado por los ochenta kilos de peso de éste y por la energía que le daba la cólera de que estaba poseído su propietario, se estrelló contra el mentón del sargento que, retrocediendo, fue a parar a los pies de los sorprendidos sir Malcolm, Rodríguez y el propio Hor, que se interrumpió en sus trabajos al escuchar el escándalo promovido.

Halloway no había perdido el sentido y en su corazón se encendió el fuego de la ira, que le cegó, haciéndole echar mano a su pistola. Pero antes de que tuviera tiempo de extraerla de la funda, algo le pinchó en la garganta, algo que le hizo brotar una gotita de sangre y, al alzar los ojos vio los fríos de Rodríguez que le miraban amenazadoramente, no obstante la amplia sonrisa que distendía su bigote.

—Si osáis sacar el arma, podéis contaros en las calderas de Pedro Botero, maese Halloway. Dejad el arma en paz o encomendaros al Santo de vuestra devoción, porque os despacharé sin la menor aprensión.

Ahora fue el cruzado quien intervino:

—Habéis sido ofendido, ¿no? Si estuviéramos en Forrestershire, os proveería de escudo, lanza y caballo y lucharíais por la dama. Aquí no

es posible, pero podéis hacer lo que en mis tierras hacen mis súbditos: usar los puños para disputarse una aldeana beldad. ¡Soltad el arma y luchad!

El sargento miró a todas partes y vio que en los ojos de los presentes se reflejaba el desagrado que su acción había producido. Sonrió de mala gana y arrojó el revólver a un lado, disponiéndose a pelear, tal como lo había dispuesto sir Malcolm.

Hor trató de impedirlo:

—¡No podéis hacer eso! ¡No os lo permitiré…! — y quiso echarse hacia delante, para impedir la pelea, pero la espada de Rodríguez se le colocó delante, deteniéndolo en seco.

—¡Dejad que mi compatriota castigue a ese villano! ¡Bien merecida tiene una buena paliza!

Halloway saltó sobre Fernando, dirigiéndole un golpe al estómago que el otro esquivó fácilmente, respondiendo a su vez con dos golpes casi seguidos con ambas manos y que lo derribaron hacia atrás, junto al revólver de que se había desprendido anteriormente. Y esta vez, al mismo tiempo que se ponía en pie, empuñó el arma decididamente, al mismo tiempo que, en tanto Lotta gritaba horrorizada, viendo inminente la muerte de Fernando, éste saltaba hacia adelante, asiéndole la mano armada y dándole un fuerte golpe en la mandíbula, sin poder evitar, a su vez, que el pie del sargento le diera en su vientre, arrojándolo hacia atrás. Entonces ocurrieron dos cosas distintas en absoluto.

Halloway, sin soltar el arma, fue despedido trastabillando. Agitó las manos, buscando un apoyo en el aire que no encontró y retrocedió hasta asir un hombro de Lotta que, desprevenida, fue arrastrada a su vez y, para no caer del todo, se asió a uno de los brillantes círculos de la máquina del tiempo, en el mismo momento en que Fernando, en la parte opuesta caía sobre el teclado de la misma.

Hubo un fogonazo, una detonación, y cuando el estruendo de la misma se disipó, Halloway y Lotta habían desaparecido.

Fernando se incorporó penosamente, ayudado por su compatriota, y miró estúpidamente el lugar ocupado por la que ahora ya sabía era su amada y que estaba vacío de ella. No lo podía creer y, sin embargo, Lotta ya no estaba allí. Toda su felicidad se había desvanecido en un segundo. Miró hacia Hor, intensamente:

—¿Dónde está Lotta? ¿Dónde se ha ido? — preguntó.

El anciano intentó tranquilizarlo:

—¡Cálmate, Fernando! — dijo—. Lotta está bien y vamos a buscarla inmediatamente.

—Pero… ¿dónde está? — volvió a preguntar Fernando, sintiendo que el corazón se le oprimía por la angustia.

La respuesta que recibió casi le hizo desmayar. Y el asombro que provocó en los demás compañeros no fue menor.

—Se han ido al pasado. A la Prehistoria de la Tierra.

Fernando apenas pudo emitir un hilo de voz:

—¿Dónde?

—El lugar exacto no lo sé, pero no será difícil averiguarlo con un error de muy pocos kilómetros.

—Está bien. Dígalo de una vez, ¡por el amor de Dios! — se impacientó el legionario.

—A la Era Secundaria. — Y no había la menor sombra de duda en las palabras que pronunció Hor, con acento pleno de firmeza.

CAPÍTULO VII

La selva era impenetrable, pero llena de ruidos. La brisa de los árboles, el agitarse de las alas de las aves que se notaban arriba de las copas de los árboles, tan unidas que apenas dejaban ver la luz del sol, ruido de ramas rotas, de pesadas pisadas de extraños animales, el abatirse algún vegetal en la lejanía, todo esto formaba un murmullo confuso de difícil identificación. A los ojos de Fernando le pareció una selva tropical, en la que abundasen las coníferas, las palmeras y las cicadeas, constituyendo una vegetación lujuriante, pero no se advertía el clima pesado y sofocante al par que intensamente húmedo, propio de la zona ecuatorial. Entreviéndose en la lejanía, unos elevadísimos farallones se alzaban casi verticalmente a enormes alturas,

completando así la decoración de aquel lugar que a Fernando le pareció lleno de misterio. Y al cabo de unos instantes, tras recorrer con la vista los más próximos alrededores, exclamó, sintiendo en su alma el más infinito de los desalientos:

—¡No están aquí!

La respuesta de Hor pretendía ser alentadora:

—No pueden haber ido muy lejos — dijo—. Lo calculé bien y éste es el lugar exacto a donde fueron a parar tras el desgraciado accidente motivado por vuestra pelea. Pero debemos tener en cuenta que lo que para nosotros han sido sólo unos minutos, para ellos habrán sido unas horas y es lógico suponer que no se hayan quedado quietos. De todas formas — repitió Hor —, no pueden haber caminado mucho y serán fáciles de hallar,

—No sé adonde habrán ido a parar —dijo Fernando—. Pero sí estoy seguro de una cosa: que de aquí no me muevo sin Lotta.

Miró a sus compañeros, como si esperara su aprobación, y el primero en reaccionar fue su compatriota:

—¡Voto a...! —juró—. Don Fernando, mi arcabuz y mi acero son vuestros. Contad conmigo para lo que sea.

Sir Malcolm miró pensativamente su espadón, pendiente del taraceado tahalí. Luego sonrió al clavar sus ojos en Fernando, al mismo tiempo que se mesaba la barba pausadamente, diciendo:

—Ignoro qué clases de animales habrá en esta época, pero creo que mi mandoble podrá cortar algún pescuezo, si es que osa ponerse delante de mí — dijo, agitándolo en el aire, como para comprobar su fortaleza y envainándolo a continuación satisfecho.

En parecidos términos se expresaron Decio y Ramahé, y Fernando se lo agradeció.

—Estamos en una época anterior al Diluvio. Aquí hay animales que ya no existían cuando el más antiguo de nosotros, Ramahé, nació. Y no creo que con nuestras armas podamos batirlos, pero tampoco podernos ir con las manos vacías. Os agradezco profundamente vuestra adhesión.

—¿Qué piensas hacer, Fernando? — le preguntó Hor, y el interpelado se volvió.

—¿Qué cree usted que debo hacer? No sé cómo habrá hecho usted sus cálculos, pero con sólo haberse equivocado veinticuatro horas, ha podido ser suficiente para que tanto Lotta como Halloway estén ahora en el vientre de un dinosaurio o algo por el estilo. Y usted lo sabe muy bien. Por lo tanto, mi deber, nuestro deber, es permanecer aquí, en la Prehistoria, hasta que demos con ellos o... — la voz se le quebró al muchacho—... o tengamos la certeza de que ya no existen.

—¿Emprendemos la marcha, don Fernando? — inquirió Rodríguez.

—Sí, pero dejaréis vuestro mosquete, que no nos servirá para nada. En su lugar tomaréis el rifle del sargento que no se llevó con él y que os será de mucha más utilidad. Os enseñaré a manejarlo y aprenderéis en seguida... si está cargado.

Lo estaba. Tras el combate primero que sostuvieran, Halloway, precavido, había llenado el depósito de cartuchos y ahora había doce allí.

—¿Qué plan tienes formado, Fernando? — inquirió Hor, que se quedaba en la puerta del cubo.

—Lo mejor será, partiendo de aquí, andar en círculo unos cuantos kilómetros, disparando de vez en cuando algún tiro al aire. Halloway no dejará de oírlo y nos responderá con su revólver. El sitio éste es fácil de localizar: esos cantiles son fáciles de verse desde mucha distancia y constituyen un excelente punto de referencia. ¡Hasta luego!

Echaron a andar los cinco hombres, yendo en cabeza Ramahé y Decio, cuyas cortas espadas se prestaban singularmente, utilizándolas como machetes, para abrir paso en algunos lugares en que la vegetación era más frondosa que de ordinario. Entre tanto, Fernando, con el fusil ametrallador puesto en disparo automático, de vez en cuando, oprimía el gatillo y la detonación se oía, estremeciendo las capas atmosféricas y levantando de sus nidos en las copas de los árboles, a algunas aves que, a juzgar por el ruido de sus aleteos, único indicio que denunciaba su presencia, ya que no eran vistas, debían ser de enorme tamaño.

El cubo de metal desapareció en pocos instantes. No se preocupó Fernando de si la selva lo había ocultado o aquel enigmático ser que lo había arrancado de su edad se había marchado a otra parte en busca de los desaparecidos. Él tenía un plan formado, un plan que era una idea fija, obsesionante: hallar a Lotta. No tenía la menor idea de cuánto tiempo hacía que la conocía, pues aunque en su reloj sólo hiciera veinticuatro horas que saliera de aquel infierno indochino, si

se atenía a los acontecimientos ocurridos en el interior del artefacto de Hor, en la que el tiempo no debía contar como fuera de él, no tenían que haber pasado más de tres o cuatro horas. Era igual. En tan breve espacio de tiempo se había enamorado de Lotta y su único deseo era hallarla.

Un brusco bufido le sacó de sus pensamientos. Un ruido de ramas tronchadas, de pesados pasos, mezclados con ruidos procedentes de gigantescas gargantas, le hizo preparar su arma, poniéndola en situación de tiro continuo. Sus compañeros hicieron alto, deteniendo la marcha, mirando en todas direcciones, formando instintivamente un círculo con las espaldas hacia el interior, de modo que vigilaran todos los ángulos posibles desde los que podía llegar aquel desconocido animal, cuyo resoplido había llegado hasta ellos.

Fernando se dio cuenta de que se hallaban en un pequeño claro de la selva, un círculo pelado, desprovisto casi de vegetación y gritó:

—¡Apartaos! ¡A la espesura, pronto! — y, a continuación, en dos saltos, hizo él lo mismo.

Obraron con el tiempo justo, porque apenas se habían escondido, agazapados, detrás de unas altas hierbas, apareció un enorme animal, haciendo que los ojos de Fernando y de sus compañeros, se desorbitaran ante la estupefacción que les invadió al presenciar el monstruo, de más de veinticinco metros de longitud, por unos seis u ocho de altura, con un cuello y una cola larguísimos, en comparación con las patas, cortas, pero de una reciedumbre inmensa, armadas de unas garras de aspecto estremecedor. El animal pasó lentamente, moviendo su pequeña cabeza al extremo del esbelto cuello a un lado y a otro, y durante unos inacabables segundos durante los cuales el cuerpo de Fernando se cubrió de un frió sudor, pareció como si la bestia fuera a adivinar el lugar donde estaban ocultos aquellos seres insignificantes en comparación con ella.

—¡Un *diplodocus*! — exclamó, estupefacto, Fernando, que hasta entonces había pensado hallarse en alguna región inexplorada de la Tierra, en lugar de en la Prehistoria. Pero que se hallaban en ésta se lo demostró la serie de *diplodocus* que, siguiendo el ancho camino abierto por el primero que parecía ser el jefe de la manada, pasaron y pasaron durante un período de tiempo que a aquellos cinco hombres se les hizo interminable.

—¡Uf! — respiró Fernando, pasándose la mano por la frente para enjugarse el abundante sudor que le había corrido—. ¡Vaya visión!

—¿Es cierto eso que acabo de ver? — inquirió Rodríguez, sin dar total crédito a sus ojos.

—Tan cierto como que tú y yo estamos aquí y... — empezó a decir Fernando, interrumpido por una exclamación del decurión.

—¡Cuidado! ¡Un águila! — y apenas se había oído el grito del romano cuando un aterrador graznido y un terrorífico batir de alas resonó sobre aquellos seres humanos, al mismo tiempo que la sangre se le helaba en las venas a Fernando al ver el animal que caía sobre ellos y que no era un águila, como dijera Decio, ignorante en la historia de los animales prediluvianos, sino algo que reunía las cualidades del reptil y del murciélago: un pico fortísimo, armado de varias hileras de agudísimos y cortantes dientes, garras córneas de indudable fortaleza y unas alas membranosas de varios metros de longitud cada una, lo cual le daba un aspecto horripilante. La bestia aumentó el tono de sus chillidos, que se agudizaron hasta poner escalofríos en las epidermis, y de repente, guiada por su instinto, se abatió pesadamente, agitando frenéticamente sus alas, sobre Ramahé.

El egipcio vio venir sobre sí al animal y si éste fue rápido, el hombre lo fue más porque, plantado sólidamente en el suelo, distendiendo velozmente el arco, soltó la cuerda en el momento exacto y una saeta hendió el aire, yendo a atravesar el cuello del animal, que suspendió un instante su descenso, para graznar más aún, agitándose epilépticamente en las convulsiones que le causaba el dolor de la flecha que le salía por el lado opuesto y tras remontarse de nuevo unos cuantos metros, volvió, loca, a desplomarse sobre Ramahé, que no tuvo tiempo de disparar otra saeta.

Se le anticipó Fernando, cuyo fusil ametrallador soltó un chorro de llamas, mezclado con una serie de rápidas detonaciones. Las balas fueron a clavarse en el cuerpo del animal que chilló con desesperación y cayó al suelo agitándose desesperadamente, batiendo sus enormes alas con el furor de la impotencia, agitación que terminó cuando el inglés, despreciando el posible peligro que podía suponerle un aletazo del bicho, dado en los espasmos de la agonía, y con un revés de su montante, asido con ambas manos, aprovechando el preciso momento en que el animal, erguía la cabeza para atacar al enemigo que se le aproximaba, la decapitó de un solo tajo, haciendo volar aquella disforme cabeza, de cuyo cuello salió un torrente de sangre negruzca que empañó el herboso suelo.

—¡Caramba! — exclamó Rodríguez —. ¡Vaya una visión de pesadilla! Y por lo visto, nuestro compañero Ramahé era un bocado exquisito

para él.

—¿Qué clase de animal es éste? — preguntó el egipcio—. ¡Por la diosa Hathor! Nunca lo había visto en mi país.

—Es un *pterodáctilo*. Una especie de reptil volador. Algo así como si a la parte delantera de un cocodrilo de tu Nilo le hubieran salido alas de murciélago.

—Un nombre difícil de retener — replicó Ramahé —; pero lo que sí es difícil de olvidar es su aspecto.

—Como vuelva a mi Toledo, creo que voy a soñar con él todas las noches — rió Rodríguez.

—Bien. Creo que aquí ya no tenemos nada que hacer — dijo Fernando —. Debemos proseguir la marcha.

—Esos disparos tuyos — dijo Rodríguez — han debido oírse muy lejos. No me extrañaría que Halloway los hubiera oído.

Escucharon un momento, con atención y siguieron andando. De ser cierta la presunción de Rodríguez, el yanqui no hubiera dejado de disparar su revólver, en contestación a las detonaciones salidas del ametrallador de Fernando, pero no hubo nada, lo cual les indicó que la pareja perdida no andaba por aquellos lugares. Tenían que continuar la búsqueda y así lo hicieron, en tanto que, sin dejar de mirar a todas partes, con ojos atentos y vigilantes, Rodríguez, con el rifle del americano en la mano, se acercaba a Fernando, señalándole el arma de éste.

—¡Maravilloso invento! En un segundo ha disparado más balas que las que puede arrojar mi arcabuz en diez minutos. En verdad, don Fernando, que podéis estar satisfecho.

—¿Satisfecho? — inquirió éste extrañado—. ¿Por qué?

—Por la época en que vivís. Una edad en la que se fabrican armas tan estupendas como las que vos lleváis, no puede dejar de ser sencillamente maravillosa. Estoy seguro de que vuestros coches ya no necesitan caballos.

—¿Época maravillosa? — río sarcásticamente Fernando—. ¡Cuán lejos estáis de suponer la verdad! Casi estoy por deciros que envidio la vuestra, a pesar de que entonces España estaba casi siempre en guerra con alguna nación.

—¡Hombre...! — se atusó el mostacho Rodríguez—. No digo que no sea así. Pero a mi Emperador le gusta la paz, y si sus enemigos le dejaran gobernar tranquilamente sus dominios, no necesitaría de nosotros.

—Rodríguez, me habéis hecho una observación. Habéis dicho que en nuestra época ya no se usan los coches de caballos y que éstos andan solos. ¿Cómo habéis presumido esto?

—¡Oh! — replicó el interpelado—. He oído decir que nuestro Emperador presenció en el puerto de Barcelona las pruebas de un barco que se movía sin velas, por medio del vapor que accionaba unas ruedas de paletas. Es fácil deducir que, con el tiempo que ha pasado de mi época a la vuestra, ya sea ese invento una realidad, no sólo en las naves, sino en las carrozas. Además, si lo recordáis, vimos a aquellos enemigos nuestros que venían a atacarnos en unos artefactos como yo os digo.

—Cierto. Y no sólo andan nuestros coches sin caballos, nuestros barcos sin velas, sino que tenemos naves que vuelan.

—¿Que vuelan? Pero... ¡eso es increíble! ¡Va contra las leyes de la naturaleza...! —Pero algo interrumpió la serie de estupefactas palabras de Rodríguez. Una boa, una enormísima serpiente cuyo final no se veía y cuyo cuerpo medía más de un metro de espesor, que se alzó de repente delante de ellos, silbando amenazadoramente.

—¡Virgen María Santísima! — exclamó Rodríguez, olvidándose de que tenía en la mano un arma relativamente moderna, y echando mano a su tizona, que centelleó en el aire.

Algo apareció de repente en el cuerpo del reptil: una serie de plumas multicolores, que se duplicaron al instante al repetir Ramahé la suerte con su arco, pero aquellas saetas no eran más que simples alfilerazos que no hicieron sino irritar al enfurecido animal que veía hollados sus dominios.

Fernando retrocedió unos pasos y viendo que la boa constrictor no se dirigía hacia él, se echó el arma a la cara y soltó una ráfaga de disparos que hicieron el único efecto de que el animal oscilara más amenazadoramente todavía, en tanto se deslizaba velozmente hacia el lugar en que estaba Sir Malcolm, más pesado que los demás por su armadura, y que sintiendo ya en su nuca el aliento de la fiera, se detuvo, empuñando decididamente su espada, alzándola en el aire dispuesto a descargar el golpe en el momento oportuno.

La serpiente se lanzó hacia adelante y Sir Malcolm hizo tejar su espada, dando un paso hacia ella al mismo tiempo, pero teniendo la mala suerte de tropezar con una raíz que lo hizo caer al suelo pesadamente, delante de las mismas fauces de la fiera, que asimismo falló el golpe al no hallar su presa en el lugar en que ella esperaba encontrarla.

Aprovechó el momento Femando y soltó una serie de disparos, y cuando apenas habían salido media docena de ellos, sonó un ruido seco. ¡El cargador se había vaciado y la boa no acusaba en lo más mínimo la serie de balazos que había recibido!

En aquel fugacísimo instante, Fernando comprendió que para hacer algún daño al espantoso vestiglo, no era bastante con su ametrallador, sino que tenía que usar algo más. Sir Malcolm estaba en el suelo, y la boa lo contemplaba como extrañada por ver ante ella un animal absolutamente desconocido, balanceando ligeramente su enorme cabezota, de más de un metro de tamaño, con unos ojos como puños que miraban a su presunta víctima, como tratando de fascinarla. Y luego, el reptil echó la cabeza hacia atrás al mismo tiempo que el resto de su cuerpo, de su gigantesco cuerpo, salía de la espesura, replegándose los anillos, disponiéndose al ataque definitivo.

Fernando saltó hacia adelante, con lo único eficaz de que podía disponer en aquel momento: una granada de mano, y la serpiente se detuvo un instante, antes de bajar definitivamente la cabeza, sorprendida por aquel animal, también desconocido para ella, que acababa de aparecérsele. El momento de vacilación de la fiera fue aprovechado por Fernando, que ya había sacado el seguro de la granada, y el metálico huevo, desde cortísima distancia, voló a las fauces del monstruo, desapareciendo en ellas.

A raíz de la cabeza, el cuello de la boa se abrió repentinamente soltando un surtidor de sangre. Con la sangre salió mezclado el humo de la explosión, y la detonación, apagada por las paredes musculares, sonó sordamente, en tanto que el cráneo del reptil se balanceaba a un lado y a otro, esparciendo la sangre en todas direcciones, mientras su interminable cuerpo, largo de cuarenta o más metros, se agitaba espantosamente. Fernando asió de la mano a Sir Malcom y ambos se alejaron presurosamente de aquel lugar de horror, antes de que los coletazos que daba la fiera en su agonía pudieran alcanzarlos.

—¡Gracias! — dijo sencillamente Sir Malcolm, y en esta única palabra, acompañada de un fuerte apretón de manos, iba condensado todo lo que sentía el noble inglés en aquellos instantes hacia el que había sido

su salvador.

Continuaron su camino, recargando Fernando su ametrallador y haciendo de vez en cuando un disparo al aire para llamar la atención de la extraviada pareja. Pero el tiempo pasó y hubo de recurrir al descanso.

Apoyado en el tronco de una gigantesca conífera, Fernando recordó, en tanto contemplaba las volutas de humo de su cigarrillo ascender en la quieta y espesa atmósfera, a Lotta, y una vez mas tembló por su suerte. ¿Qué podrían hacer los dos, con un simple revólver, tan antediluviano como las fieras que indudablemente debían pulular por aquella floresta del período carbonífero, contra éstas?

El silencio continuó y, sin darse cuenta de lo que hacía, Fernando, mecánicamente, impulsado por su subconsciente, comenzó a silbar una canción, dejando pasar así el tiempo de descanso. Pero no habían salido una docena de notas de sus labios, cuando tres sonidos se oyeron en rápida sucesión: una frase humana, un alarido de mujer y un rugido terrorífico, rugido de alguna enorme y desconocida bestia, rugido que apagó con el suyo los otros sonidos.

Y apenas Fernando hubo oído esto, con el corazón comprimido por la angustia se puso en pie y, sin cuidarse de sí sus compañeros le seguían o no, se internó en la floresta, con el arma en la mano, lista para cualquier contingencia.

CAPÍTULO VIII

El sargento Halloway retrocedió y con su mano izquierda intentó apoyarse en algo, no encontrando otra cosa que el hombro de Lotta, que a su vez retrocedió asimismo, perdiendo el equilibrio y cayendo hacia atrás. También la muchacha intentó buscar un asidero que la librara de la caída, pero no encontró otra cosa que un aro de aquellos que había a sus espaldas y, sin darse cuenta de lo que hacía, sintiendo encima de sí la mano del yanqui, agarró a aquello e inmediatamente se vio envuelta en una llamarada, al mismo tiempo que una estruendosa detonación resonaba en sus oídos.

Cuando se disipó la luz y las ondas sonoras se hubieron disipado, Lotta

se encontró en el suelo, y al lado de ella al sargento, no menos estupefacto. Y la verdad es que había motivos para sentirse atontados, asombrados, atónitos, ante lo que estaban viendo.

Un bosque espesísimo, lleno de árboles como ninguno de los dos había visto en su vida, una selva en la que había innumerables charcos de agua, algunos de más que mediana extensión, y de los que salían enormes masas de vapores que contribuían a espesar la niebla que impedía el paso de los rayos solares. Un bosque, en fin, absolutamente silencioso, sin que nada indicara que hubiera la menor sombra de vida animal en él, y que su mismo silencio, su misma soledad, aquella sombría visión, pareció agobiarles.

—¿Qué es esto? ¿Dónde nos hallamos?

Lotta fue la primera en hablar e incorporarse, mirando con los ojos muy abiertos en su derredor, al mismo tiempo que también el sargento, todavía con el revólver con que había intentado matar a Fernando, se colocaba al lado de ella, mirando asimismo temerosamente en todas las direcciones.

—No lo sé — repuso Halloway, desconcertado totalmente —. Es la primera vez que veo este bosque.

Lotta lo miró fijamente, con cierto desprecio, no sólo en la mirada sino en la expresión de su voz.

—He aquí a lo que nos ha conducido tu locura, Fletcher. No sabemos dónde estamos y lo más probable es que estemos separados de nuestros compañeros por millares de años, quién sabe si de siglos.

El sargento bajó la cabeza avergonzado, Lotta tenía razón y ahora que se le había pasado el arrebato de locura que había motivado el que ambos se hallaran en aquella situación tan crítica, sentía enormemente las consecuencias de su villana acción. Murmuró apesadumbrado:

—Lo siento, Lotta. Perdí la cabeza y...

—Está bien —le interrumpió ella—. Como supongo que has de pedirme perdón, te lo concedo ya de antemano, pero te ruego no lo vuelvas a repetir.

—Tienes mi palabra — contestó Halloway vehementemente —. Te lo prometo, Lotta.

—Gracias. Confío en ti… y en Hor, que se habrá dado cuenta de lo que nos ha pasado y que tratará de reparar lo que has hecho, para venir a buscarnos.

—Eso espero yo también, Lotta —dijo Halloway —. De lo contrario, no sé qué tal lo pasaremos aquí — se palmeó el revólver, que ya se había enfundado, y continuo —: Con esto podremos procurarnos comida, aunque lo difícil va a ser asarla. No llevo nada con qué encender fuego.

—Eso es lo de menos, por ahora. Si nos estamos quietos aquí…

Lotta iba a continuar diciendo que Hor vendría a encontrarlos a aquel lugar, pero se quedó extática, con los ojos y la boca abiertos desmesuradamente, mirando un punto situado a espaldas del sargento, que vio la expresión de horror de la muchacha y se volvió velozmente, ahogando el grito de espanto que estaba a punto de escaparse de su garganta.

Un monstruo que a ambos les pareció mitológico, un monstruo que apoyado sobre su cola y sobre las dos enormes patas traseras, estaba en pie, alcanzando los diez metros de altura, agitando ominosamente sus pequeñas garras delanteras, pequeñas en comparación con las otras, pero del tamaño de las dos personas, mirándoles malignamente con sus ojillos medio escondidos entre los pliegues de la piel, agitándose espasmódicamente sus flancos en una agitada respiración, se hallaba a unos veinticinco metros de ellos, gruñendo sordamente como si fuera a lanzarse bruscamente sobre aquellos dos aterrorizados seres que por primera vez en su vida e, ignorándolo además, se enfrentaban con un monstruo de la fauna prehistórica.

El gigantesco *iguanodón* movió su cabezota a un lado y a otro, y al fin se dedicó a mordisquear los tiernos brotes del helecho que tenía más cerca de sí, despreciando aquellos dos insectos humanos.

—¡Vámonos de aquí, Lotta! Esta es la ocasión.

—No — se resistió ella—. Debemos quedarnos aquí. No nos hallarían cuando vinieran en busca nuestra.

—Regresaremos luego. Ahora conviene aprovechar el momento en que ese monstruo está comiendo. Podría atacarnos.

La muchacha se dejó convencer por las razones de Halloway. Mirando continua y aprensivamente hacia atrás, emprendieron una estratégica retirada, hasta que unos cientos de metros, más allá el yanqui se quitó

el sombrero, enjugándose el sudor:

—¡Uf! ¡Vaya bicho de espanto! Aguardaremos aquí un rato y luego volveremos allí con precaución, ¿te parece bien?

Respondió Lotta afirmativamente y durante unos minutos ambos permanecieron silenciosos, escuchando los distintos rumores que en raras ocasiones salían de la floresta: rugidos lejanos, algún graznido de misteriosas aves que volaban sobre la capa de verdor de los árboles, crujir de ramas, ruido de pasos de desconocidos y espantosos animales que ponía el ánimo de la pareja en suspenso, a pesar de que procuraban disimular el pánico que, en realidad, les poseía. Luego, un rumor de pisadas llegó hasta ellos, acompañado del que producía la rotura de unas ramas que restallaron estruendosamente y, súbita, inesperadamente, una horripilante visión, de averno, apareció ante Lotta y el sargento.

Una cabeza picuda, protegida por gruesísimas escamas, era el principio de aquel cuerpo de unos diez metros de longitud por tres o más de altura, de robustas patas que sostenían al animal, protegido en todo su cuerpo por aquellas placas que más que de substancia córnea, parecían de piedra y que luego, independientemente, comenzaban verticalmente en el cuello, en pequeño tamaño, siguiendo por la columna vertebral en doble hilera, donde llegaban al metro de anchura, disminuyendo hasta la cola, en donde las placas óseas eran substituidas por cuatro pares de enormes astas, afiladísimas como dagas. Los ojillos eran pequeños, casi escondidos en la rugosa piel, pero denotaban una ferocidad sin límites, y la muchacha y Halloway, sin saber que se hallaban ante un *estegosaurio*, un animal que ya no existía cuando ellos nacieron, dieron repentinamente, acometidos de tremendo espanto, media vuelta, echando a correr frenéticamente, sin que el sargento, asustado, o bien porque comprendiera que el revólver que llevaba al cinto no le iba a servir para nada, hiciera el menor ademán para empuñarlo.

No supieron el tiempo que habían empleado en aquella carrera loca. No supieron si la fiera los perseguía o no, porque, horrorizados, espantados de sí mismos, corrieron, corrieron hasta caer exhaustos, sin fuerzas, al borde de un lago del que salían pestilentes vapores y que tenía una anchura de un par de kilómetros, perdiéndose a lo lejos por una especie de río o anchuroso ramal que semejaba una prolongación de la superficie acuática.

Jadeantes, sin fuerzas, se dejaron ambos caer sobre el suelo musgoso,

—¡Santo Dios! ¿En qué mundo estamos viviendo? ¿A dónde nos ha enviado ese bandido de Hor?

—No le eches las culpas. Tú, y sólo tú, con tu loca actitud hacia mí, tienes la culpa de que los dos nos hallemos en esta situación, Fletcher — le reprendió justamente la muchacha.

—Tienes mucha razón. Y lo malo es que no veo la forma de sacarte de aquí, Lotta,

—Tendremos que esperar para volver allí. Ahora no me atrevo yo.

—¿Volver? — exclamó sarcásticamente Halloway—. ¿Crees que sabremos hallar el camino? Mira. Todo es igual, desesperadamente igual. Yo ya no sé por dónde hemos venido.

Pero Lotta no le contestó. Incapaz de hablar, señalaba hacia el centro del lago, donde aparecía un burbujeante remolino, y luego, antes de que Halloway pudiera emitir el menor sonido, una cabeza, con unos ojos de un espantoso tamaño, mirándolos fijamente, a unos cien metros de distancia, emergió de las profundidades acuáticas, continuando saliendo luego aquel larguísimo pescuezo que no tenía trazas de acabar. Onduló ligeramente el reptil lacustre y suavemente se puso en marcha hacia la orilla, en tanto que los dos se ponían en pie y el sargento, convencido de que no tenían escapatoria posible, sacaba su revólver, encañonando con él a la horrible fiera, que parecía relamerse de antemano con el festín que le iban a proporcionar aquellos dos seres.

Pero en aquel momento ocurrieron variar cosas. Una de ellas fue que a los oídos del sargento llegaron unas notas extrañísimas, unas notas de una canción que llenó de furor el ánimo del sargento y que le hicieron prorrumpir en denuestos, olvidándose de la fiera que tenía casi encima.

—¿Quién es ese maldito sudista que anda por ahí? — gritó.

El hombre que silbaba “¡Oh, Susana!” se calló inmediatamente y en el mismo instante, Lotta gritó aterrorizada, soltando un alarido que paralizó la circulación en las venas del sargento.

El animal con cuello de serpiente había sacado casi todo su cuerpo fuera del agua, pudiéndose ver que lo tenía acorazado como el de una gigantesca tortuga. Pero su camino hacia la orilla había sido súbitamente cortado por otro reptil que había surgido del fondo de las aguas, interponiéndose entre él y la tierra firme, silbando

espantosamente y lanzándose al ataque.

En aquel preciso instante, ambos sintieron ruido de ramas a sus espaldas, y sus cinco compañeros aparecieron saliendo de la espesura. Ahora el grito de la muchacha fue de alegría, de inmenso alivio y también Halloway gritó alborozado, saludando a sus amigos.

Fernando y Lotta corrieron el uno hacia el otro, fundiéndose en un estrecho abrazo, olvidándose de todo cuanto ocurría a su alrededor. El hombre tomó la cara de ella en sus manos y sin ninguna resistencia se inclinó, devolviéndole Lotta apasionadamente el beso que recibía, entregando su corazón al hombre amado. Pero pronto tuvieron que volver a la realidad de lo que pasaba frente a ellos, al aumentar los rugidos y berridos de las dos bestias que se habían enzarzado en furiosísima lucha.

La segunda que había surgido fuera de las aguas del lago parecía una ballena, pero terminada la parte superior en el cuerpo de un gigantesco saurio. Sus dos ojos saltones tenían el tamaño de la cabeza de un hombre y estaban inyectados en sangre, produciendo un horroroso espectáculo,

Fernando estaba absorto. Lo que estaba presenciando le había hecho olvidarse de Lotta, que estaba a su lado, olvidarse asimismo de que la tenía ceñida por el talle, en tanto que sus ojos, su razón, se negaban a reconocer lo que estaba presenciando: una lucha a muerte entre dos de los más terribles animales de la prehistoria: el *plesiosaurio*, medio serpiente, medio tortuga, y el *ictiosaurio*, mitad ballena, mitad cocodrilo, pero cocodrilo de dimensiones descomunales en cuya abierta bocaza, armada de poderosos dientes de más de medio metro de longitud, que semejaban afiladísimos alfanjes curvos, hubiera cabido holgadamente un par de aquellas personas que parecían hipnotizadas viendo aquella feroz batalla que sólo tendría fin cuando alguno de los dos combatientes fuera derrotado en su muerte.

Las aguas se agitaban, remolineando espumantes, en torno a los colosos, saltando a elevadas alturas, impulsadas por los coletazos que daban ambos. El *ictiosaurio* se arrojó sobre su contrincante, pero fue despedido por un fortísimo golpe que recibió, dado con todo el impulso del cuerpo de éste, y que mediría más de veinte metros, que bajó a continuación la cabeza haciendo presa en una de las aletas del cocodriIo-ballena, cuyos rugidos y silbidos, de atronadora intensidad, martirizaron cruelmente los tímpanos de los espectadores.

Luego se enlazaron, sin que apenas fuera posible distinguir una de

otra, girando furiosamente, removiendo las aguas que en ocasiones se teñían de rojo y repentinamente, dejando tras sí un remolino, desaparecieron bajo la líquida superficie, continuando la lucha debajo del agua, a juzgar por las enormes burbujas que de tanto en tanto reventaban en el exterior, y de repente cesó hasta esa señal de vida.

Durante un buen rato las aguas recobraron su tranquila apariencia hasta tal punto que no faltó quien propusiera:

—¡Se han debido matar el uno al otro! ¡Vayámonos de aquí!

La idea fue aceptada sin excepción y ya iban a volver las espaldas, cuando de repente pareció hervir de nuevo el humeante lago y súbitamente emergió la enorme cabeza de la serpiente-tortuga, del *plesiosaurio*, al aire libre, indicando con sus espasmódicos movimientos las heridas de muerte que sufría. No descubría su inmenso caparazón. Sólo su cuerpo se erguía, se abatía, se volvía a levantar encorvándose, azotando la superficie del lago como un gigantesco látigo y retorciéndose como una lombriz partida en dos pedazos, haciendo saltar el agua a considerable distancia. Pero pronto tocó a su fin la agonía del gran reptil, disminuyeron sus movimientos, decrecieron sus contorsiones y al fin su largo cuello de serpiente se extendió inmóvil, en medio de una gran mancha rojiza que se iba agrandando paulatinamente, sobre la cada vez más serena superficie del lago.

Pero los siete personajes que habían sido enviados a la Prehistoria no habían concluido todavía de ver la serie de espantosas maravillas de aquel tiempo. Cogiéndolos desprevenidos, estupefactos aún, en tanto contemplaban la muerte del *plesiosaurio*, un espantoso ruido sonó a su espalda y todos se giraron simultáneamente para enfrentarse con el mayor animal de todos cuantos habían visto. Un animal de veinte metros de altura del suelo al punto máximo de la curvatura del lomo, largo de sesenta desde el relativamente pequeño hocico hasta el extremo de la inacabable cola, y que despidiendo vapor por sus narices, como si fuera un monstruo mitológico, cargaba contra ellos a toda velocidad, produciendo, entre los resoplidos y el trepidar de sus pisadas, un ruido semejante al de un tren lanzado a toda marcha.

El grupo de personas estaba en el mismo borde del lago e inició la huida, pero un grito, más bien una orden de Fernando, los detuvo.

—¡Quietos! — exclamó—. ¡Aguardaos! Cuando yo lo diga… — y los hombres, Lotta no se había separado del lado del español, le obedecieron instintivamente, aguardando con los músculos tensos la orden que no tardó en llegar —: ¡Ahora! ¡Corramos!

La orden fue dada en el momento oportuno. De haberse echado a correr en cuanto vieron al dinosaurio, que ésta era la descomunal bestia que se arrojaba sobre ellos, el pesado animal hubiera tenido tiempo de desviarse de su ruta y destrozar a alguno de los expedicionarios al Pasado, pero obedeciendo a Fernando, apartándose del camino de la prehistórica fiera cuando ésta ya se hallaba encima, su misma enorme masa le impidió detenerse y se precipitó, mugiendo atronadoramente, en las aguas del lago, que se levantaron convertidas en fangosas espumas, a gran altura, en tanto que los siete corrían con todas sus fuerzas, gracias a la añagaza de Fernando y que tan feliz éxito había tenido. Éste se volvió un instante y vio que los rugidos del *dinosaurio* aumentaban de tono, y tuvo una fácil explicación cuando vio surgir del agua, agarrado con sus 182 dientes al largo cuello de la bestia, al *ictiniosaurio*, furioso porque un animal terrestre había invadido sus acuáticos dominios. Pero en esta ocasión Fernando no se entretuvo en ver el final de la lucha, y cogiendo por el brazo a Lotta echó a correr en la dirección del lugar en el que tenía que hallarse con Hor y su máquina del tiempo.

Pero cuando llegaron allí, molidos, cansados, exhaustos, no vieron nada, absolutamente nada y, desmoralizados, agotados por las emociones por que habían atravesado todos, sin excepción, se dejaron caer al suelo y durante un buen rato nadie habló, preocupados únicamente por recuperar las fuerzas perdidas. Y cuando esto sucedió. Fernando recordó que tenía una cuenta pendiente y levantándose fue en busca del yanqui.

—¡Levántese, Halloway! — le dijo, y el americano lo miró sorprendido.

—¿Ocurre algo? — preguntó

—Ocurre que le voy a dar la paliza más fenomenal que ha recibido usted en los días de su vida — respondió Fernando—. Una paliza doble: por lo que hizo con Lotta, una canallesca acción sin nombre, y por los malos ratos que nos ha hecho pasar a todos con su estúpida conducta, malos ratos que es muy probable que se repitan.

—Escuche, Fernando — repuso Halloway—, No crea que le temo, ni se piense que me asusta una lucha a puñetazos, pero en este momento no tengo ganas de ello. Me encuentro cansado, y por otra parte, ya he recibido el perdón de ella, que es la más interesada.

Fernando masculló algo ininteligible y fue a echarse sobre el sargento que, a pesar de su conciliadora actitud, se aprestó a la defensa, cuando

sintió una mano posarse suavemente en su brazo, conteniéndolo, al mismo tiempo que la dulce voz de Lotta le decía:

—¡Por favor, Femando! ¡No más peleas! Es cierto lo que dice Halloway. Le perdoné y reconoció sus culpas.

Tuvo que reprimirse el muchacho y refunfuñó:

—Está bien, Lotta. Quiero que sepas que lo hago por ti únicamente. De otro modo...

—¡Vamos, vamos! — terció conciliador Sir Malcolm —. La muchacha le ha absuelto de su culpa y usted no va a ser menos. Dense las manos y todo olvidado.

No de muy buena gana todavía, Fernando hizo lo que le decían y alargó su mano a Halloway que se la estrechó con entusiasmo, contento de que el incidente se hubiera resuelto de aquella manera tan sencilla. Y para concluir de congraciarse, exclamó:

—Con estos líos de animales antediluvianos, se me había olvidado que tengo aquí algo que nos servirá para celebrarlo — y apenas había dicho estas palabras cuando, echándose mano al bolsillo posterior, sacó un frasquito, añadiendo: —De Kentucky legítimo, amigos. Un sorbito para cada uno no irá mal, ¿verdad?

Fernando decidió echar pelillos a la mar y olvidar todo. A fin de cuentas no iba a ser más papista que el Papa, y puesto que Halloway había reconocido noblemente sus culpas y Lotta le había perdonado, él no se iba a encerrar en la concha de una profunda antipatía. Además, pensó, en aquellas circunstancias convenía que todos estuvieran unidos.

—He bebido licores añejos, hasta de un siglo da vejez, pero es la primera vez y probablemente la última, que bebo un “whisky” que es un millón de años más joven que él mismo. Un licor fabricado antes de su tiempo.

Se echaron a reír todos, porque las palabras de Femando habían hecho desaparecer la tensión que reinaba, y se reunieron por grupos, charlando animadamente, en tanto que Lotta se unía al muchacho, y juntos comenzaban el eterno dúo de amor, olvidándose de todo cuanto pasaba a su alrededor, sin oír ni ver nada que no fuera ellos mismos, absortos por el descubrimiento que habían hecho sus corazones, en el breve espacio de tiempo que se conocían.

—No sé si Hor vendrá o no a recogernos y a devolvernos a nuestras edades, pero lo que sí sé, Lotta querida — dijo Fernando—, es que no me separaré de ti hasta el momento oportuno.

—¡Oh, Fernando! — repuso ella tristemente, pues las palabras de él la habían recordado que, si salían de aquella situación, deberían regresar a su tiempo—. Mejor hubiera sido para mí morir en la hoguera. No te hubiera conocido y, aunque llevo muy poco tiempo junto a ti, presiento que la separación, será para mí una nueva muerte de la que Hor no logrará arrancarme en esta ocasión.

—No digas eso, Lotta — exclamó impetuosamente él —. Le pediremos que nos devuelva juntos a una misma edad, sea la que sea, la tuya o la mía, pero que no nos separe jamás.

Alguien le tocó en el hombro, alguien que sin duda había escuchado las últimas palabras de los enamorados y que le dijo, con tono ligeramente socarrón, señalando algo que había a espaldas de ellos:

—Esa es la ocasión de pedírselo, don Fernando — dijo Rodríguez.

CAPÍTULO IX

—No, no, no - dijo firmemente Hor al oír la apasionada petición de Fernando—. No puedo hacer eso que me pides. Causaría graves trastornos.

—¿A quién? — inquirió él secamente —. ¿A usted? ¿A mí? ¿A Lotta?

—A todos. Escucha, Fernando. ¿Qué harías tú en la Edad Atómica? Ninguno de vosotros os sabríais adaptar. Habéis nacido en una edad diferente y tenéis que resignaros a la separación. — Luego, Hor gruñó como si hablara consigo mismo —: Esta sí que es una complicación con la que no contaba. ¿Para qué diablos se me habrá ocurrido a mí traer una mujer sacándola de donde estaba? Ella no arderá, pero ya ha hecho arder a un hombre… o dos — concluyó, recordando el incidente habido con Halloway.

De no ser Fernando parte interesada, se hubiera echado a reír ante las pintorescas frases del anciano, pero ahora sus sentimientos no le permitían echar a broma nada de aquello. Miró hacia sus compañeros que aguardaban la decisión de Hor, esperando estoicamente el

momento de ser devueltos a su tiempo, fiados en la promesa del sabio de que no les ocurriría nada, pero ellos desviaron sus miradas, comprendiendo el problema de los dos jóvenes por los que nada podían hacer. La voz de Lotta interrumpió sus elucubraciones.

—Déjalo, querido, no insistas. De ser posible, Hor lo hubiera hecho. Ten la seguridad de que por mi parte te recordaré durante todos los días de mí vida. Voy a volver a la hoguera. No sé de qué medios se valdrá Hor para salvarme de ella, aunque, si no voy a tenerte a mi lado, lo mejor sería que la dejase arder hasta consumirme entera en ella.

— ¡Eso no, Lotta! — gritó apasionadamente Fernando, estrechándola entre sus brazos con fuerza—. Ahora nos separamos, pero llegará un momento en que nos unamos, fuera de este mundo, para toda una eternidad de dicha.

—¡Querido, cuán feliz me hacen tus palabras! — dijo ella dulcemente, entregándose al éxtasis del amor apoyada su cabeza en el pecho del amado que la rodeaba los hombros con los brazos, pero de aquel éxtasis les sacó una voz. Una voz que no era la de ninguno de los que allí se hallaban y que resonó metálicamente, como a través de un megáfono o de un altavoz. Una voz de tono seco, imperativo, que no admitía la menor réplica:

—¡Hor! ¡Entrégame a esos extranjeros o te destruiré a ti y a ellos!

—Querido Korwëd — exclamó con suavidad el anciano—. Sabes que lo que me pides es un imposible. No puedo entregártelos porque son hombres que vivieron un millón de años antes de esta edad. Deben volver a la suya.

—Hagamos un trato — repuso la voz.

—Dilo. Quizá sea aceptable — repuso tranquilamente Hor, ante la expectación de los siete compañeros del Tiempo.

—Te prometo conservarte la vida, a ti, a la muchacha y a los seis hombres, si me envías a mí a la época que quieras, con tal de que sea anterior a ésta en que estoy viviendo.

Hor tapó con la mano el micrófono y se volvió sonriente hacia sus asombrados espectadores.

—Este es Horwëd, el rey de este país, el último rey de una Tierra que está a punto de morir, de desaparecer del universo. Sabe que está

condenado a una muerte segura y quiere evadirla. Pero yo no puedo hacer tal cosa. Tendré que decírselo.

Se lo dijo. Y Fernando y sus amigos tuvieron que taparse los oídos ante el chaparrón de invectivas que arrojó por su boca el enfurecido Horwëd, loco de rabia por la frustración de sus planes, invectivas que cortó por lo sano Hor, cerrando la comunicación que había abierto cuando notó la señal de llamada.

—Ya envió antes a sus sicarios para mataros. Creyó que os había traído ya para derrocar su poderío que durará muy poco, pero ¡cuán equivocado estaba! Ahora quiere marcharse de su edad. Sabe mucho y está convencido de que la Tierra igual puede durar millares de años, como desaparecer en cualquier imprevisto momento. La tensión del núcleo interior del Sol está llegando a su máximo. Puede permanecer así un espacio indefinido de tiempo, pero lo mismo puede ser que ceda la envoltura exterior, y entonces hará arder todo el sistema planetario. Ese será el fin del mundo. Horwëd está enterado de ello y no quiere morir así. Y yo no lo puedo hacer que evada la suerte que tiene designada — fue la prolija explicación de Hor, que se vio objetada por las palabras de Fernando.

—Pues a nosotros, bien nos sacó del apuro en que nos hallábamos — dijo serenamente.

—¡Oh! — sonrió Hor—. Con vosotros tenía la solución de enviaros a esta época, porque sabía que podíais llegar. ¿Sé lo mismo con Horwëd? ¿Sé acaso si puedo hacer funcionar esta máquina por un tiempo superior a diez minutos? ¿Sé acaso si el Sol no estallará antes de tal plazo?

—La verdad es que me gustaría que me devolviera a mi tiempo cuanto antes — se rascó la cabeza pensativamente Halloway —. Si he de salir con vida de la carnicería de Little Big Horn, lo prefiero a vivir sabiendo que el Sol puede quemar la Tierra en cualquier momento.

—Sensatas palabras — aprobó Hor—. Y ahora, Fernando, tú serás mi ayudante para enviaros a vuestras edades. Quiero hacerlo bien. Podría hacerlo yo solo, pero no quiero fallos que puedo evitar si tú me ayudas.

—Pero yo no sé nada ni entiendo del manejo de esa máquina — objetóle Fernando.

Sonrió imperceptiblemente Hor al contestar:

—Es menos difícil de lo que tú crees, Fernando. Ven, que te lo enseñaré. Tú pulsarás el teclado, una vez sepas cómo hacerlo, en tanto yo acomodo a tus compañeros en el lecho. Cuando vinisteis pude hacerlo yo solo: a fin de cuentas no tenía más que oprimir las teclas correspondientes y vuestros cuerpos hacían presencia debajo de los aros. Ahora, en cambio, la cosa es algo diferente y además la máquina ha sufrido con los dos choques que recibió. Ven, hazme ese favor.

Cogió Fernando por el talle a Lotta y los dos avanzaron hacia el lugar que les indicaba Hor, escuchando el primero con toda atención las indicaciones que recibía, en tanto que los cinco hombres restantes, reunidos en círculo, se disponían a las despedidas:

—Celebro infinito haberos conocido, compañeros.—Ramahé fue el primero en hablar: —Hemos corrido una serie de excitantes aventuras de las que guardaré eterno recuerdo.

—Os tendré presentes siempre — fueron las palabras de Decio, y los restantes pronunciaron idénticas o parecidas frases.

Tembló súbitamente aquel edificio. Una trepidación sorda se extendió por todos los ámbitos,

—¿Qué es esto? ¿Qué ocurre? —fue la pregunta general a coro.

—Horwëd nos está bombardeando—fue la escueta contestación.

Fernando lo miró asombrado, preguntando a continuación, en tono vivo:

—Pero, ¿no había dicho usted que no tenían armas modernas?

—No dije tal —replicó Hor, y durante un momento calló, en tanto pasaba la trepidación de otro nuevo estampido, continuando cuando cesó —. Dije únicamente que de armas modernas apenas le quedaba nada a Horwëd. Es probable que haya guardado como reserva algunas bombas nucleares.

—¿Bombas atómicas? — exclamó Fernando, estupefacto.

—Algo parecido, en efecto.

—Pero... ¡nos destruirán en un instante!

—Sí, si este cubo de acero vitrificado no resistiera. Pero ha resistido lo suficiente y creo que me dará tiempo para enviaros a vuestra época.

—¡Es fantástico! ¡Un edificio que resiste a la deflagración de una bomba atómica!

—¿Una bomba atómica? — sonrió Hor, compasivamente —. Mira y verás — y diciendo y haciendo, manejó la pantalla de televisión, en el mismo momento en que una bomba de aquellas hacía explosión encima del edificio metálico, que tembló perceptiblemente como sacudido por un terremoto al recibir el formidable impacto.

—No es una bomba atómica. Es una bomba solar, de las que se usaron en la última guerra, de un poder infinitamente superior — dijo Hor—. Si fuera una granada nuclear corriente, apenas lo hubiéramos notado. Y vamos a aprovechar el tiempo, para devolveros a vuestra edad. Esto resiste, pero pudiera fallar también. A fin de cuentas, es una obra humana y finita, por tanto. Ramahé, a ti te corresponde. Fuiste el primero en llegar y serás el primero en partir. Fernando, ¿estás enterado?

—De acuerdo — contestó éste.

—Está bien. Gradúa la máquina de acuerdo con la época de Ramahé. A tu derecha están las indicaciones del día, año y hora exacta.

Fernando maniobró en el teclado, en tanto que Hor comprobaba, ya con el egipcio tendido en el lecho, si todo estaba bien, y en el momento oportuno, dio la orden:

—iAhora, Fernando!

Pero, ante el infinito asombro de todos, no ocurrió nada. Ramahé siguió tendido en el lecho, incorporándose todo lo que permitían las extrañas ligaduras con que estaba sujeto, mirando hacia Fernando con expresión atónita, mientras que Hor corría hacia el tablero del teclado, repitiendo de nuevo la maniobra de Fernando, sin obtener ningún resultado positivo.

—¡No lo comprendo!—murmuró—. Todo está correcto y sin embargo... Aquí ocurre algo extraño.

—¿No habrán influido las explosiones de las bombas solares que usted dice en el mecanismo? Un aparato así tiene que ser muy delicado — sugirió Fernando.

—Sí — dijo pensativamente Hor, y de repente se tambaleó y hubiera caído de no sujetarse asiéndose al borde del teclado, en tanto que la metálica construcción se movía de un modo espantoso al ser

conmovida por otra explosión que, aun con el perfecto aislamiento del sonido, resonó estruendosamente dentro de la espaciosa estancia, ensordeciendo a todos durante un segundo. Y entonces Fernando vio que el índice de Lotta señalaba algo a sus espaldas, en tanto que gritaba unas palabras que no impresionaron sus tímpanos, todavía con el fragor de la detonación en ellos.

Al volverse el muchacho se quedó frío, helado, cubierta su frente de sudor. ¡Una grieta enorme se había abierto en uno de los lados del cubo de metal, una brecha de un metro de anchura por más de tres de altura por la que entraba la luz del exterior a raudales!

—¡Tenemos que reparar eso inmediatamente! — exclamó Hor.

—Sí — asintió Fernando, en tanto que en los rostros de sus compañeros adivinaba la gravedad del momento —. Pero, ¿cómo?

—Ven conmigo —dijo simplemente el anciano, y echó a andar hacia el muro de enfrente, uno de cuyos trozos se deslizó a un lado, dejando ver una amplia habitación repleta de aparatos científicos y de laboratorio. Hor señaló uno de ellos y dijo —: Cógelo y tráelo a la estancia inmediata.

Era bastante pesado el aparato y su aspecto recordaba el de un enorme soplete. No sin dificultad se lo echó Fernando a la espalda y siguió a Hor a la habitación donde estaban sus amigos, en tanto que el anciano, tras cerrar la puerta, decía:

—Es necesario, absolutamente necesario, que cerremos esa brecha cuanto antes. No creo que a Horwëd le queden muchas bombas, puede que haya gastado la última, pero si nos dispara una más, arderemos en una milésima de segundo sin enterarnos tan siquiera.

Fernando se inclinó sobre Lotta y la besó. Cuando ella se descolgó del abrazo, el anciano le indicó la manera de hacer funcionar el extraño soplete; que empezó a rugir, soltando algo por su boca que parecían vapores incandescentes que se solidificaban instantáneamente, convirtiéndose en el extraño metal de que estaba construido el cubo que albergaba la máquina del tiempo, cerrando rápidamente la brecha.

—¡Han conseguido reparar el puente que nos une con la ciudad y vienen hacia aquí!

Atento a su tarea, Fernando, sin volver la cara, preguntó a voz en cuello:

—¿No puede usted llevarnos siquiera a veinticuatro horas antes o después?

—Imposible —fue la descorazonadora respuesta—. Todavía no he conseguido hallar la avería. Ya estaba de pie Fernando, pero todavía quedaban por cerrar dos metros de brecha. Y los vehículos que traían a los soldados de Horwëd, volando literalmente sobre la reconstruida pista, se aproximaban a toda velocidad, lo que hizo que el español comenzara a dar órdenes:

—¡Halloway, su rifle y su revólver! ¡Los demás que se den cuenta que hay que cerrar el paso a los asaltantes!

Silbaba el metal vaporizado al salir por la boca del soplete, convirtiéndose al momento en sólida materia, pero aún así había todavía mucho espacio por delante y súbitamente un grupo de soldados, armados con aquellas cortas espadas, saltó del coche y se lanzó hacia adelante, a la carrera. Dos detonaciones sonaron simultáneamente: una procedente del "Winchester" de Halloway y otra del mosquete de Rodríguez, derribando con sus certeros disparos dos de los atacantes, en tanto que por encima del hombro de Fernando silbaba una flecha de Ramahé que halló su blanco en el pecho de un soldado. Pero los demás, sin titubear, saltando por encima de los cuerpos caídos y de los que en continua sucesión eran abatidos por la certera puntería de Halloway, continuaron su camino y dos de ellos, los más rápidos, enarbolando amenazadoramente sus espadas, saltaron sobre la brecha.

Se quedaron en la misma posición: un chorro del soplete de Fernando, cayendo instantáneamente sobre ellos, los convirtió en dos estatuas metálicas, sin darles tiempo ni a lanzar un solo grito, pero Fernando recibió un golpe que lo derribó por el suelo.

Pero se levantó instantáneamente, tomó de las paralizadas manos de Lotta el ametrallador y, dejando que sus amigos se las entendieran con la media docena de asaltantes que habían logrado franquear la brecha, saltó fuera de la misma y puso una rodilla en tierra en el mismo instante en que otro vehículo se detenía y saltaba una nube de soldados de su interior, corriendo hacia el edificio.

Tableteó el ametrallador estruendosamente, movido en abanico, y el grupo de soldados pareció disolverse, rodando en trágicas posturas por los suelos, sin que ni uno solo consiguiera franquear la barrera de plomo que les oponía Fernando, que a continuación enfiló con la mira del arma un tercer vehículo que se aproximaba a toda velocidad.

El cargador soltó sus últimos disparos, pero fueron terriblemente eficaces: hicieron impacto en el centro del coche y el conductor debió ser alcanzado, porque el vehículo perdió bruscamente la dirección y saltó fuera del camino suspendido en el aire, precipitándose en el gris vacío.

Los demás coches retrocedieron. No se atrevieron a seguir la suerte de sus predecesores, y Fernando, al ver esto, regresó apresuradamente al interior, y con una mirada a Lotta, asegurándose de que la muchacha no había recibido el menor daño, continuó su trabajo con el soplete.

Poco le quedaba ya, y de repente se oyó la alborozada voz de Hor que gritaba:

—¡Ya está! ¡Ya lo encontré! ¡Dentro de unos minutos os devolveré a vuestras épocas!

No tardó mucho más Fernando en reparar los destrozos causados por la bomba solar. Arrojó a un lado el ya inútil soplete y corrió hacia Lotta, tomándola en sus brazos, ansiando aprovechar los escasos minutos que le quedaban de estar junto a ella, pero la voz de Hor sacó a la pareja de enamorados de su abstracción:

—¡Por favor, Fernando! ¡Es la hora, compréndelo!

Se separaron ambos y el muchacho fue hacia el teclado, en tanto que Hor comprobaba las ligaduras del lecho y Ramahé se despedía de sus compañeros.

Desapareció el egipcio en un estallido de luz y Decio murmuró unas palabras de adiós. Aún, antes de tenderse en el lecho, alzó su brazo en el clásico saludo romano, y en un instante fue enviado al año 33.

—¡Voy a seguir descabezando infieles! ¡El rey Ricardo, mi señor, me espera y... !

Sir Malcohm no pudo decir más, porque ya había desaparecido, y entonces Lotta, prorrumpiendo en amargo llanto, sin poder contenerse, se abrazó desesperadamente a Fernando, quien la estrechó frenéticamente entre sus brazos, tratando de calmarla.

La muchacha se dejó llevar al fin hasta el lecho. Todavía estaba mirando a Femando con sus hermosos ojos, anegados en llanto, y lo último que vio, antes de desaparecer, fue el beso de despedida que, con la punta de los dedos, le tiraba éste.

Le tocó el turno al español.

—¡Adiós, amigo!

Un fogonazo cortó la voluble charla del soldado de los Tercios de Flandes, y a continuación siguió el yanqui.

Tras la última llamarada, Fernando miró aquella habitación en la que solamente se hallaban él y el anciano.

—Está bien — se decidió y se tendió en el lecho —. Cuando quiera. No tiene más que oprimir el correspondiente botón. Yo mismo preparé la marcha a mi tiempo.

—Gracias —le contestó Hor—. Has sido una valiosísima ayuda para mí. ¡Adiós!

Pero el fogonazo, la llamarada, que lo envolvieron instantáneamente, impidieron que la sonrisa de triunfo que había curvado sus labios fuera percibida por Hor, que desapareció de su vista al instante.

CAPÍTULO X

Ramahé se incorporó a medias en la arena, empapado y chorreando agua por todas partes. Durante unos momentos trató de recuperar el aliento, descansando del esfuerzo que le había supuesto el ganar la orilla del Mar Rojo a nado, y luego vio una muchedumbre de aullantes hebreos que se precipitaban sobre él con no muy buenas intenciones.

Ramahé se puso en pie de un salto. Quiso echar mano a sus armas, pero las había perdido en el agua, y se dio por perdido cuando las primeras piedras empezaron a caer alrededor de él, piedras que cesaron súbitamente cuando un hombre de elevada estatura y larguísimas barbas se interpuso entre el egipcio y los apedreadores, clamando:

—¡Alto, insensatos! ¡Si el Dios de Abraham ha consentido en que este enemigo nuestro se haya salvado de las aguas, nosotros debemos acatar la voluntad divina!

Ramahé respiró y pensó en las palabras de Hor. Había tenido razón

éste. Los hebreos tras algunas murmuraciones comenzaron a volverle la espalda y el majestuoso anciano dio unos pasos en dirección a él.

—No perteneces a nuestro pueblo, pero si así lo deseas, puedes unirte a nosotros.

Pero antes de hablar Ramahé, una muchacha salió corriendo del grupo de hebreos que se habían quedado a contemplar la escena y se le acercó con una vasija llena de agua, diciéndole, con los ojos bajos, pudorosa:

—Tendrás sed, egipcio. ¿Quieres aceptarme un sorbo de agua?

Ramahé tomó el cuenco que le ofrecía la mujer y vio un lindo rostro, sombreado por largas pestañas, que no acababan de encubrir, sin embargo, la maravilla de sus negros ojos, y contestó:

—Gracias. Mi nombre es Ramahé.

—Me llamo Respha —contestó ella, y el egipcio miró de frente al conductor del pueblo judío.

—Iré con vosotros —dijo sencillamente.

—Nadie te dirá nunca nada más, Ramahé —le contestó el hombre de las barbas, que se volvió, y entonces el egipcio miró y sonrió a Respha, que le devolvió la sonrisa tímidamente. Él alargó la mano, cogiendo la de la muchacha, y los dos echaron a andar hacia la Tierra de Promisión.



Quinto Tulio Decio ya tenía el pelo canoso cuándo cerró los ojos deslumbrado por la reverberación del sol en las candentes arenas del Circo Máximo, Dio un traspiés, empujado brutalmente por un “lanista”, y acabó de salir fuera de la ergástula en donde había, estado aguardando el momento supremo de ofrecer su vida por Cristo.

En los breves momentos que duró su pequeña caminata desde el vomitorio hasta el centro del anfiteatro, lleno totalmente de la rugiente plebe que hervía pidiendo la muerte de los cristianos, que

pagaban con su vida el incendio de Roma, toda su vida, a partir de aquel momento en que presenciara el Drama, se le apareció vividamente.

Recordó el momento en que volviera del Futuro al camino bordeado de palmeras, desierto ya, lleno de los cadáveres de sus legionarios y el del publicano. Su ida a Jerusalén a dar cuenta de lo sucedido y aquella aparición que le desvió de su camino para hacerle ir a Emaús, donde estaban sus discípulos, para convertirse en uno más de la Nueva Fe. Aquellos años entregado a la meditación, a la oración, a la propagación de la doctrina que empezaba a iluminar al mundo, hasta que junto con Pedro y Pablo fuera apresado y condenado a muerte, a la muerte en el circo que él no quiso rehusar por no declarar su condición de ciudadano romano.

No. Ahora era ya él un ciudadano de Cristo, de su Iglesia, y dentro de poco ya se hallaría en la Gloria.

Elevó un último pensamiento a sus compañeros del Tiempo, a Ramahé, a Sir Malcolm, a Lotta, a Rodríguez, a Fernando, al mismo Hor, y le agradeció a éste le hubiera proporcionado la ocasión, estupenda ocasión de morir por su Salvador. Pensó que dentro de muy poco conocería los destinos de sus amigos y deseó fervientemente unirse a ellos.

Luego unió su voz a la de los cristianos que cantaban su último himno. Entregó sus pensamientos al Señor y, cuando las puertas de los vomitorios se abrieron, él, a su vez, abrió los brazos en cruz y cayó de rodillas.



Sir Malcolm Forrester parpadeó, deslumbrado. Las tropas de Ricardo Corazón de León ya habían coronado el adarve y estaban echando de allí a los últimos y pertinaces defensores de la ciudadela. Echó mano a su montante para ayudarlos, pero en aquel momento una mano se le posó en el hombro y una rotunda voz sonó en sus oídos:

—¡Bravo, Sir Malcolm! Confieso que sin vos no estaríamos aquí ahora.

—Gracias, mi señor —se inclinó el noble ante el rey Ricardo—. Lo hice por Nuestro Señor Jesucristo y por vos.

—Está bien, Sir Malcolm. Cuando regresemos a nuestro amado país contad con el feudo de Havisham y su inexpugnable castillo.

Y Sir Malcolm regresó a su Inglaterra natal y mientras duró su larga vida, recordó infinidad de veces a sus amigos, a sus compañeros de aquella extraña aventura que corrieron un millón de años hacia adelante.

¿Qué se habría hecho del egipcio? ¿Cuál habría sido la suerte del decurión? Lotta, don Pedro, Haloway, Fernando, ¿dónde se hallarían ahora?

—Estaba recordando....



—¡Magnífica espada! —elogió el hombre que llevaba del brazo a una muchacha de hermosos cabellos rubios y ojos de color de cielo.

El anticuario sonrió complacido.

—Cierto, señor —respondió—. Una espada con una espléndida historia.

—Mira —exclamó el hombre, al ver la leyenda en la hoja, en la parte superior —: “Juan Rodríguez de Salas fecit. Anno MDXIX”

—Éste fue el fundador de la dinastía y se la regaló a su hijo cuando marchó con el emperador a Flandes.

—¿Se llamaba Pedro el hijo? —preguntó el hombre.

—Pues... sí —respondió el anticuario, visiblemente sorprendido e interrogando al joven que tenía enfrente a su vez —. ¿Cómo lo sabe usted?

El comprador se azaró y murmuró:

—¡Oh...! ¡Ha sido... ha sido una mera suposición! — Y luego quiso disimular: —¿Está en venta?

Puedo venderles una reproducción exacta — sugirió Rodríguez —. Muchos extranjeros las compran. También tengo la historia de mi antepasado, el que combatió con Carlos V en Mülhberg, pero no creo les interesara.

—¿Por qué? — fue la pregunta a dúo.

—¡Oh! —sonrió Rodríguez—. Dice cosas muy raras. Habla de una especie de sueño que tuvo y dice que viajó hacia el porvenir y que luego retrocedió hasta el principio del mundo, pero debieron ser fantasías suyas. Dicen sus memorias que fueron, además de él, cinco hombres y una mujer, y que pasaron peligros inimaginables. ¡Demasiado fantástico para creerlo! —concluyó Rodríguez.

El comprador iba a decir que todo aquello habla sido verdad, pero se calló, prudentemente. Tras abonar el importe de la copia de aquella famosa espada y echársela debajo del brazo, salió con la mujer a la calle, gozando del maravilloso sol. El señor Rodríguez miró un momento, extrañado, a la pareja, y al fin se encogió de hombros. Los turistas, aún siendo españoles, solían ser muy raros, decidió finalmente.



La caravana que se dirigía hacia el distante Oregón se detuvo al ver un cuerpo tendido en el suelo. Un par de hombres saltaron de los pescantes de los carros, con sendas cantimploras repletas de agua, y procuraron volver a la vida a aquel extraviado sargento del Ejército yanqui que estaba a punto de morir de hambre y de sed en medio del desierto.

—¡Gracias...! —logró articular al fin Halloway.

—¿Cómo se encuentra aquí? — le preguntaron.

—Logré escapar... de los indios... en Liltle Big Horn... donde murió el general Custer y... todos sus hombres — articuló penosamente el

desfallecido soldado.

—Está bien. Ya nos lo contaréis todo más adelante — decidió uno de sus salvadores—. Ahora lo que os conviene es recobrar las fuerzas. ¡Ayúdame a llevarlo hasta mi carro, Jake!

Cuando Halloway volvió a la plenitud de sus facultades, recuperado, saciados por completo el hambre y la sed, lo primero que vieron sus ojos fue un dulce rostro que le sonreía,

—¿Cómo se llama usted? —inquirió,

—Ana. Ana Miller, y mi padre es el jefe de la caravana,

—¿Dónde se dirigen?

—Vamos a Oregón. Hay tierras que colonizar — contestó la agradable voz de la joven, y el sargento Halloway sonrió.

—Me parece que dejaré el Ejército y me convertiré en labrador — musitó, echando para atrás la cabeza—. ¿Qué opina usted, Ana?

Ella no respondió. El súbito enrojecimiento de sus mejillas fue más elocuente que las palabras que había de pronunciar y no hizo resistencia alguna cuando la mano del hombre se apoderó de la suya.



Lotta Reisembach quedó altamente sorprendida al ver el panorama que la rodeaba. Aquello no era la plaza de Maächen. Faltaba la hoguera, el poste, la ululante multitud, los verdugos. Allí no había nada de eso. Por el contrario, todo era paz y tranquilidad en aquella, atmósfera perfumada por las flores de los deliciosos jardines que había en aquella montaña, debajo de la cual se veía una enorme ciudad, enorme como nunca hubiera ella podido sospechar que existían en el mundo. Miró en su derredor y no percibió señal alguna de vida, mas antes de que pudiera formularse alguna pregunta a sí misma sobre el lugar en que se hallaba, quedó cegada por un relámpago y, apenas se disipó la luz de éste, lanzó un grito de alegría:

—¡Fernando!

Lotta quedó un tanto decepcionada. Había esperado que su amado quedara tan sorprendido como ella al verse juntos otra vez, pero en lugar de ello, Fernando, bien que apareciera sonriente y satisfecho de volverla a ver, lo tomaba como la cosa más natural del mundo. Se acercó a ella y, asiéndola de la mano, la ayudó a levantarse, al mismo tiempo que le decía:

—¡Vamos a casa, Lotta! Verás qué sorpresa se llevan mis padres.

—Pero... ¿cómo es posible esto? —preguntó ella, sin creer todavía en lo que estaba viendo—. Yo... yo tendría que estar ahora en Maächen y tú...

—Y yo en otro sitio, querida. Pero ahora estoy contigo y es lo que más me importa a mí en este mundo. ¿Y a ti?

—No sé lo que pasa, ni lo que pasará, pero si estoy a tu lado, nada puede importarme ya. Sin embargo...

—Querrías saber cómo me las he arreglado para unirme, a ti, ¿no es eso, Lotta?

Asintió ella sin decir palabra y Fernando soltó una breve carcajada.

—Me gustarla ver la cara que pone Hor cuando vea el timo que le he dado, querida.

—¿Timo? — inquirió Lotta sin entender la palabra.

—Bueno, engaño, si lo prefieres llamar así, querida — replicó Fernando, y en la mente de Lotta comenzó a entrar la luz, expresándolo sus ojos con claridad, por lo que Fernando se apresuró a explicarle —. Hor se confió. Vino bien que me enseñara el manejo del "Trans-Spactor" y, naturalmente, cuando llegó tu ocasión, cambié las fechas y el lugar de destino y te envié aquí. Luego hice lo mismo conmigo, diciéndole que no tenía más que oprimir un botón, y ¡aquí estoy junto a ti!

Lotta se apretó contra el pecho de su amado, feliz.

—No me digas más. Me basta con saber que te tengo a mi lado —dijo.

—Pues entonces, en marcha.

La feliz pareja comenzó a descender las laderas de Montjuich, en Barcelona, pero de repente ella se detuvo,

—¿Qué te ocurre Lotta?

—¡La ropa! —exclamó ella angustiada, señalándose su sucia y destrozada túnica, lo que motivó que él se echara a re ir.

—¡Oh! No te preocupes. Pensarán que hemos estado haciendo una película. Están acostumbrados, porque aquí hay estudios de cine y lo considerarán normal. ¿Vamos?

FIN

[1]Es el nombre que se daba al soldado francés en 1914. *N. del A***.**